ANDRÉS FELIPE SOLANO

LOS DÍAS DE LA FIEBRE



COREA DEL SUR, EL PAÍS QUE DESAFIÓ AL VIRUS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
PRIMER MES
Ya ha llegado, nos decimos...
SEGUNDO MES
Hace diez días la señora X...
TERCER MES
Nos encontramos para almorzar...
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

En marzo de 2020, Corea del Sur se convirtió en un ejemplo de cómo frenar el Covid-19 y eso podría justificar que este libro fuera un recuento de las medidas que tomaron para lograrlo; un reportaje sobre las restricciones lúcidas o polémicas del país que nunca mirábamos -el mismo de Parásitos- o un ensayo sobre todo aquello que los asiáticos hacen diferente. Podría ser un texto especulativo sobre el futuro de la sociedad y sobre cuáles son los límites de la privacidad frente al bien común. Podría ser todo eso, sí, y tal vez lo sea, pero ante todo es un testimonio literario de alguien que vio perplejo cómo su mundo se sacudía durante cien días febriles. Es decir, un libro sobre lo que hemos sentido todos y sobre las preguntas que demoraremos años en responder.

Las plagas medievales nos pusieron a pensar de una forma diferente en Dios, nos plantearon por primera vez la duda sobre su existencia. Este nuevo virus, ¿qué pregunta nos hace? ¿Serán las brigadas de desinfección los nuevos bomberos? ¿Cómo nos relacionaremos emocionalmente a través de las mascarillas? ¿Cómo será la soledad compartida en compañía de veinte personas en una sala de conciertos habilitada para trescientos? Andrés Felipe Solano se detiene en lo cercano, lo doméstico, lo cotidiano, para contarnos el nacimiento de un mundo nuevo, de un mundo desprovisto de sombras.

LOS DÍAS DE LA FIEBRE

Corea del Sur, el país que contuvo al virus

Andrés Felipe Solano

temas de hoy

PRIMER MES

Ya ha llegado, nos decimos al meternos en la cama sin mirarnos a los ojos. Está aquí, con nosotros, lo trajo una mujer de 35 años. La detectaron en el aeropuerto, ardía de fiebre, venía de Wuhan. No ha tenido contacto directo con animales salvajes y estará en cuarentena hasta que se recupere. Eso es lo que dicen, eso es lo que sabemos. Dentro de poco será el año nuevo lunar, me recuerda Soojeong y asiento. No tenemos planes para celebrar, aunque si la temperatura sube quizás vayamos a un templo budista en la montaña y después por unos tragos. Queremos visitar un nuevo bar. Concorde. Nos gusta el nombre, suena a un mundo del que hace ya mucho tiempo nos despedimos.

*

Cuando llegó el otro, cinco años atrás, compramos varias mascarillas en la farmacia. Debe quedar un par en un cajón. Tuve que usar algunas cuando viajaba en tren a Busan a dar clases. Al siguiente año hicieron una película de zombis con ese nombre, *Tren a Busan*. Lo usual, hordas de muertos vivientes, estaciones desiertas, gente saqueando tiendas. Cuando llegó algunos tenían miedo, a otros no les importó. En la emisora de radio, donde a veces trabajo como locutor, recuerdo haber anunciado que un fugitivo se entregó a la policía por miedo a contraer el virus. Llevaba tres años huyendo. Tres años escondido. Una gripa fuerte, decían al principio. La gente se quejó, la información era escasa, no se sabía nada de los pacientes infectados, la respuesta era lenta. La tasa de mortalidad alcanzó el 30 %. En aquel entonces, todos estábamos esperando el verano. Decían que el verano se lo llevaría. Y ahora ha llegado uno nuevo y para el verano falta mucho tiempo.

*

La alerta ha cambiado de azul a amarilla. Confiamos en que no pase de amarilla a naranja. Nunca va a llegar a roja, claro que no: eso es imposible, nos decimos con una risa de esas que se enredan entre los dientes.

*

Oímos que hoy cerraron Wuhan, nadie puede entrar o salir de la ciudad. Once millones de personas, nadie sabe por cuánto tiempo. Trescientos mil alcanzaron a escapar en los últimos trenes. Por otro lado, Concorde está muy bien. Segundo piso, pequeño, pocas mesas, un órgano de iglesia en una esquina, la pintura de un tigre en la entrada. En realidad parece un apartamento de soltero. Es increíble, el queso de cabeza de cerdo también existe aquí. Nos recuerda que todos los países fueron países campesinos alguna vez. El dueño nos regaló un poco y mirándonos a los ojos brindamos por el nuevo año. El año de la rata de metal. Felicidad, fortuna, salud.

*

En el supermercado, haciendo la compra, me enteré de que declararon la alerta naranja luego de confirmar dos nuevos casos. Hombres rondando los cincuenta. También visitaron Wuhan. Antes no se sabía, ahora se sabe, el virus se puede transmitir de humano a humano. Saliva, fluidos corporales, aunque no hay evidencia de que esté en el aire. Nos dicen que debemos estornudar o toser en el pliegue interno del codo, ese espacio en el que solo nos fijamos si nos van a sacar sangre; que debemos lavarnos las manos con frecuencia (la voz de mi madre me llega de muy lejos: «¿Ya se lavaron las manos? Lávense las manos antes de sentarse a la mesa»), que llamemos a una línea telefónica en caso de presentar algún síntoma. Y cuáles son los síntomas: los de una gripa fuerte.

*

Nos han dicho que uno de los hombres infectados hizo lo que no hay que hacer, siguió con su vida normal a pesar de presentar síntomas y haber estado en Wuhan. Me pregunto qué es una vida normal, si alguien tiene acaso una vida normal, si se puede dejar de tener una vida normal. Todos tienen una vida que es solo la suya, a eso se refieren, supongo.

*

Nos han dicho que el miércoles de la semana pasada aquel hombre visitó la clínica de cirugía plástica Glovi en Gangnam, al sur de Seúl. Lo hizo en un auto alquilado. Después cenó en un restaurante cerca de la clínica y pasó la noche en el NewV Hotel, también en Gangnam. El jueves paseó por el río a la hora del almuerzo y compró algo en la tienda de conveniencia GS de Jamwon, sucursal #1. Cenó en Yeoksam. El viernes volvió a la clínica acompañado de una persona y luego pasó por un café y un restaurante, antes de ir a dormir a casa de su madre, en Ilsan, una ciudad satélite a media hora de Seúl. Setenta y cuatro personas estuvieron en contacto con él. Solo uno de ellos ha desarrollado síntomas. Se le hizo la prueba y dio negativo, aun así está aislado. A los demás se les ha sugerido permanecer en casa dos semanas. Todos los lugares

que visitó el hombre fueron desinfectados. En los foros de internet la gente ya se está preguntando por qué y con quién fue a una clínica de cirugía plástica. ¿Recibió tratamiento o solo una consulta? Reviso los procedimientos que ofrece la clínica. Parece una página de una tienda de ropa. Un corrientazo me recorre al ver las opciones de cirugías de la quijada. Caras de modelos se mezclan con gráficos y rayos X de cráneos.

*

Ni siquiera una agencia de detectives privados tendría datos tan precisos, pero entonces recuerdo que este es un país donde aún hay espías, desertores norcoreanos, leyes de emergencia en caso de violación de la seguridad nacional. En todo caso, averiguo cómo puede saberse tanto de una persona que no es sospechosa de haber cometido un crimen. Primero que todo al recién diagnosticado lo entrevistan las autoridades sanitarias. No es un interrogatorio bajo una lámpara en un sótano, pero puede ser igual de intimidante verlos con sus trajes de protección de pies a cabeza. ¿Dónde estuvo los últimos días y con quién? La Ley de Control de Enfermedades Contagiosas obliga a los oficiales a hacer público el itinerario de los últimos días del paciente, las rutas de bus, taxi o metro que tomó y las dependencias médicas que visitó. Es vital que los médicos o las enfermeras no se contagien. La información se contrasta con videos tomados de las cámaras de circuito cerrado, pagos con tarjetas de crédito y sistemas para rastrear teléfonos móviles, gracias a las facultades que les otorga la misma ley. Si hay lagunas, se le pregunta de nuevo. ¿Dónde estuvo y con quién?

¿Por qué tengo que responder? ¿No es acaso una violación a mi privacidad? Quizás, pero en este momento no importa porque el procedimiento está autorizado bajo un artículo de la ley aprobada por la Asamblea Nacional. ¿Y desde cuándo existe ese artículo? Se le recuerda que cinco años atrás se enmendó en vista del pánico que desencadenó el otro virus. ¿O es que acaso no se acuerda de que el país fue el segundo en número de infectados y la tasa de mortalidad era del 30 %?

¿Y si me niego? No tiene otra opción que responder: o sus secretos o la posibilidad de que el virus se multiplique en silencio entre la gente; la eventualidad de que muera alguien. Así, se establecen los contactos, personas que estuvieron a dos metros del paciente, por lo menos quince minutos después de que se presentaran los primeros síntomas. Un encuentro cara a cara o el intercambio de fluidos es considerado como un contacto seguro.

Una vez armada la lista de contactos, detectives y oficiales del KCDC (siglas del Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Corea) salen a buscar a cada uno de ellos para hacerles la prueba. Llaman por teléfono, mandan mensajes de texto, recorren callejones, golpean puertas. Por otro lado, el itinerario completo, más el sexo y la edad del contagiado (sin que se incluya su nombre), se publican en una página de internet oficial para que el público sepa si estuvo cerca y, de presentar síntomas, llame a la línea de emergencia. Siempre hay alguien que

nos está observando. Aunque también ansiamos ver sin que nos vean, saber de otras vidas sin revelar nada de la nuestra. ¿Y el hotel a donde fue aquel hombre antes de presentar síntomas? ¿Es en realidad un hotel o será un *love hotel* donde se encuentran las parejas de amantes?

*

Voy por un pan relleno de fríjol dulce para el desayuno de mañana. Cuento las cámaras de circuito cerrado que hay hasta el minimercado de la esquina. En doscientos metros identifico un dispositivo oficial de la policía —además, si paso muy cerca, una voz me recuerda que no debo botar la basura en ese sector— y cuatro cámaras a la entrada de restaurantes y locales comerciales. En Corea los asaltos son tan pocos que se podrían contar con el ábaco de un niño. En el minimercado, con mi pan de fríjol dulce en la mano, le paso mi tarjeta de débito a la señora de la caja. El precio a pagar son apenas 3.000 wones (menos de tres euros). En eso soy un coreano más, casi nunca uso dinero en efectivo para pagar. Paso semanas enteras sin ver un solo billete. En realidad es muy fácil para un investigador del KCDC. Vamos dejando migajas por el camino sin darnos cuenta.

*

Fosa cubital, así se llama el pliegue del codo donde hay que estornudar. La busco en un grabado que compramos en un viaje, uno de nuestros pequeños tesoros. Hacía parte de un antiguo tratado de anatomía de Juan Valverde que data de 1608. Está colgado en el corredor que conecta la sala con el baño. Siempre que paso por ahí me quedo mirándolo unos segundos. En el grabado, algunos músculos pertenecientes a las extremidades de un hombre se desprenden como hojas de sábila desmayadas. Un par de ellos caen de las piernas y se confunden con plantas y rocas sobre el suelo. Es tan bello como aterrador.

*

Tengo que empezar a planear las clases de traducción, pronto el instituto del Gobierno para el que trabajo dará por iniciado el semestre. Pienso en posibles lecturas. Me acuerdo de *Cenizas y rojo* de Pyun Hye-Jeong. En la primera página leo, no sin inquietud: «Tal y como había escuchado en el noticiero de su país, sin importar qué tan fuerte fuese el virus, no había de qué preocuparse si mantenía las manos limpias».

*

Con la información pública revelada por el KCDC, un estudiante universitario creó el Corona

Map, una aplicación móvil para conocer los movimientos de los seis casos confirmados hasta ahora. Convirtió un simple listado de lugares en un mapa con rutas en varios colores, según cada paciente. Aplicaciones, la nueva manera de entender el mundo, al tiempo que alimentamos con datos a la máquina. Aplicaciones para todo y para todos. Antes el mismo estudiante universitario había creado una aplicación para autodiagnosticar la caída del pelo.

*

Me despierto con la sensación de que tengo que hacer algo con urgencia. Solo con el primer café me doy cuenta de qué. Voy hasta el recibidor y busco mi tarjeta del Seguro Nacional de Salud (SNS) entre los recibos de los servicios. En realidad no la necesitaría, basta con mi número de identificación, pero ya he empezado a desconfiar de lo que no puedo ver. El SNS coreano es el único muro de contención posible entre nosotros y el virus. Por fortuna es universal, todos en el país lo tenemos. Vamos con el salvavidas puesto en el barco.

*

Me acuerdo del reloj despertador SONY que tenía mi padre sobre la mesa de noche. Los números blancos estaban sobre láminas negras y cambiaban con un ruido seco llegado el momento. A veces me quedaba de rodillas y lo miraba fijamente tratando de anticipar el salto. Clic. El 05 era reemplazado por un 06. Clic. Pocas veces lo logré. En eso pienso al ver cómo aumenta la cifra de contagios, la diferencia es que los números no son consecutivos como en el reloj de mi padre, ahora saltan del 11 al 15 en pocas horas. Uno de esos nuevos contagios está ligado al hombre que visitó la clínica de cirugía plástica. Un almuerzo entre amigos, colegas, quizás compañeros de colegio que no se veían hace años y justo deciden encontrarse ese día. Y ahora ambos están recluidos en un hospital, sin poder contactar a nadie más que por teléfono. Se les da el consuelo de saber que recibirán una compensación bajo la figura de vacaciones pagadas, aunque dudo que alguno piense en días de asueto mientras son monitoreados las veinticuatro horas. A los aislados por prevención se les dará 350 euros si viven solos, una familia de cuatro recibirá 1.000. Y los que no cumplan con su encierro tendrán que pagar una multa de 2.800 euros. Los números migran ordenados desde las páginas económicas y pasan a dominar el frente.

*

Un avión ha traído a los primeros repatriados de Wuhan. Los residentes de las dos ciudades donde 720 personas pasarán la cuarentena se han quejado. Algunos proponen armar una barricada con tractores para no dejarlos pasar. Como un animal dormido por años, nuestros miedos más primitivos empiezan a despertar y apenas nos damos cuenta.

*

Lunes en la mañana. Paso casi una hora viendo videos de gente en Wuhan siendo amonestada por drones. Se parecen a una de esas grabaciones de tribus no contactadas en el Amazonas. «Usted, abuela, no puede estar en la calle sin mascarilla, mejor váyase a casa y lávese las manos», dice una voz robótica de hombre. La anciana se queda mirando al dron con una sonrisa de desconcierto. El dron se acerca un poco más y la mujer empieza a caminar rápido por un descampado con una bolsa de plástico vacía bajo el brazo. El dron la sigue y ella voltea cada tanto a verlo. En un videojuego sería el momento perfecto para disparar.

*

Nos dicen que ya se ha recuperado el primer enfermo. A lo mejor esta sí es como una gripa fuerte.

*

Un conocido presenta su nuevo disco. Es la primera vez que lo toca en público. El concierto tiene lugar en una sala mediana, para doscientas cincuenta o trescientas personas. Me sorprende toda la parafernalia. En la entrada hay gel para limpiarse las manos y mascarillas gratuitas. También una pantalla y un sistema térmico que mide la temperatura. Si alguien pasa de los 37,5 grados se dispara una alerta. Paso sin problemas, no tengo fiebre, pero me vuelvo para tomar una foto de mi cuerpo y mi cara en la pantalla. Mi abrigo sale verde en la parte baja, amarillo en los hombros. Mis manos y celular son púrpura, como mi cara. Una cruz roja aparece en mi frente. Claramente soy yo, con mis gafas, mi manera de curvar el cuello cuando estoy concentrado. Ha salido tan bien que decido usarla como mi foto de perfil en una red social.

Ubico mi asiento y luego doy una mirada alrededor. Parece un pabellón de hospital, todos los asistentes llevamos mascarillas. Los fumadores son quienes peor lo pasan, antes su tosido característico molestaba solo a los más sensibles. Hoy genera un poco de nervios, aprehensión. Siento como varios contienen el aliento y yo con ellos.

A la salida me encuentro con un amigo, un médico. Le pregunto a quemarropa si las mascarillas sirven de algo. Él tampoco está seguro, pero en caso de duda es mejor usarlas, me dice apenado de su poco aire científico. Aprovecho y lo invito a mi cumpleaños, será mañana en casa. Irá. Queremos hacer una fiesta grande, cocinar, abrir botellas, poner discos. Hace mucho que no invitamos a nadie. Voy a pensar qué puedo preparar, a lo mejor intentaré replicar ese plato de cerdo, cilantro y chiles secos rojos que a veces pedimos en un restaurante chino del barrio. Ya usamos la aplicación telefónica para pedir que alguien venga a limpiar el apartamento

a fondo. Casi siempre envían señoras chinas. Espero que la gente no les esté cerrando la puerta en la cara. Oí de un restaurante que prohibió la entrada a clientes chinos. Una vez vino a limpiar una señora coreana, extremadamente amable y eficiente. Antes de irse nos dejó un papelito de su puño y letra. Era cristiana evangélica, quería que visitáramos su iglesia.

Regreso en bus a casa. Detrás de la silla del conductor y en la puerta de salida hay un tarro de gel para desinfectarse. En caso de duda es mejor usarlo.

*

No sé por qué tenía tantas ganas de celebrar. La verdad, nunca festejo mis cumpleaños de una forma tan enfática. Recibí varias plantas, entre otros regalos. El que más me gustó fue un cartel dibujado por el hijo de un amigo, un chico excepcionalmente dotado para la caligrafía. De un metro y medio de largo, llenó el papel de arriba abajo con una frase en coreano: «Odio el frío. Odio el frío. Odio el frío». Todos reímos al verlo. Sí, odiamos el frío, aunque este invierno ha sido benévolo. Lo estamos queriendo, a pesar del nuevo huésped. Me pregunto qué traerá el número 43. Recordé lo que me escribió un amigo colombiano que ha estudiado astrología desde hace un buen tiempo. Las estrellas le dijeron que este año estaría lleno de altibajos para todos. El suyo empezó con un divorcio.

*

Ayer la película *Parásitos* ganó varios Oscar. La broma entre la gente es obvia, perezosa: la secuela debería titularse *Virus*. En todo caso el director Bong Joon-ho ya tiene una película que en inglés se tituló *The Host*. Hospedador. Así se conoce en biología y medicina a los organismos que albergan a otros, que les dan techo y comida. El título en coreano es literalmente «Monstruo». Busco un poco más sobre los virus. La necesidad de saber, ahora que la enfermedad nos ha hecho pensar de nuevo en clases de biología y no de informática. Acuden a mi mente dibujos de células en un cuaderno, viejas palabras que de niño repetía orgulloso de no trabarme, ácido ribonucleico, citoplasma, procariota, eucariota, endomembrana y mi favorito, el misterioso aparato de Golgi.

Con la invención del microscopio electrónico pudimos ver los virus por primera vez, en 1935. Tan solo en la primera mitad del siglo XX fueron clasificados más de dos mil. Desde hace unos años muchos científicos los denominan «organismos al límite de la vida». Muertos vivientes, como los de *Tren a Busan*. En 2008 fue descubierto el primer virófago. Un virus que come virus. Una de las particularidades de los virus es que no pueden multiplicarse en medios artificiales. Necesitan de bacterias, plantas o animales para hacerlo. Eso ha venido a recordarnos el recién llegado, que somos animales. Busco imágenes, necesito verlo. En algunos gráficos parece una

inofensiva pelota de goma con ventosas, de esas que tiran los niños contra la pared y se quedan pegadas. En otros tiene toda la cara de un agente invasor, subversivo.

*

Se ha establecido que el paciente 16 tuvo contacto con 450 personas durante la ventana de contagio. Todos ya fueron ubicados y se les ha hecho la prueba. En un día promedio, yo tengo contacto directo con unas cinco personas. Cuando estoy escribiendo, hay días en que solo veo a Soojeong. En eso nos parecemos la paciente 14 y yo. ¿Qué clase de vida llevará?, me pregunto. ¿Escribirá también o será una agorafóbica crónica? Quizás sufra de *Daeinkipi jeung*, un subtipo de fobia social también común en Japón. No consiste en un temor a ser juzgado o una vergüenza inmanejable, más bien tiene que ver con la ansiedad que genera importunar a alguien, incluso con el olor corporal. En 1910 el doctor Shoma Morita estableció un tratamiento para este tipo de fobia y entre otras cosas recomendaba la escritura de un diario.

*

Tres días sin nuevos contagios y algo de trabajo que me dejará un dinero extra. A lo mejor es hora de abandonar los periódicos y empezar a ensoñar con las vacaciones del verano. ¿Montaña o mar? ¿Mar o montaña?

*

Los casos repuntan y ya no se comenta la telenovela sobre el desquiciado romance entre la heredera de un conglomerado de empresas surcoreano y un apuesto capitán del ejército norcoreano. La gente prefiere hablar sobre la paciente número 28, una mujer china de 30 años que resultó ser la secretaria del paciente número 3. Juntos visitaron la clínica de cirugía plástica Glovi y el NewV Hotel.

*

Le han puesto nombre, lo han bautizado. Ahora su identificación oficial es SARS-COV-2 y la enfermedad que produce, Covid-19. Los coreanos lo seguirán llamando Corona. Aquí nadie quiere poner en su boca la palabra virus, con su sabor a colchón húmedo, tizones ardiendo y lejía.

*

Habría que inventar una palabra para llamar a aquello largamente esperado, pero no por eso mismo recibido con gratitud. «A las víctimas de la espera», es la dedicatoria de *Zama*, un libro que leí hace dos años y que decidí dejar sobre mi mesa de noche. Ahora entiendo por qué. La invento sabiendo que alguien más la debió haber pronunciado mucho antes. Malvenido, susurro en esta tarde de lunes invernal.

*

La nieve en domingo induce a la calma y al olvido. En todo caso ha pasado un mes, nos quedamos estacionados en la alerta naranja y solo hay treinta infectados. En un país de cincuenta millones de personas apenas son eso, copos de nieve. Cuando me desperté ya estaban cayendo y siguieron hasta bien entrada la tarde. Muchos han salido a dar un paseo, yo entre ellos. He subido a la montaña de Namsan, a unos veinte minutos a pie de casa. Elegí caminar hasta la cima por una senda alejada. En un momento la nieve arreció y todo se hizo blanco. Blancos los árboles, blanca la hierba, blanco mi pelo, como el del viejo que iba caminando a unos treinta metros. Desapareció en medio de la nieve y no lo volví a ver, debió haber tomado un atajo que solo él conoce. O nunca existió. Así como en el desierto hay espejismos, en medio de las tormentas de nieve debe suceder algo parecido, pienso.

De vuelta, con el sol a punto de irse, alcancé a ver a un faisán correr y esconderse bajo unos arbustos, a escasos metros de la avenida que circunda la montaña. Animales que viven cerca de nosotros e ignoramos, animales que curiosos buscan nuestra compañía y a la vez nos temen. Algunos sapos pueden predecir los terremotos. ¿Qué predecirán los faisanes? En la noche, antes de dormirme, con los ojos cerrados, seguí viendo los copos. Eran cientos, miles, no paraban de caer.

SEGUNDO MES

Hace diez días la señora X, de 61 años, tuvo un accidente de tráfico menor en Daegu, una ciudad a trescientos kilómetros de Seúl. El choque le dejó un par de magulladuras y para aliviar el dolor visitó una clínica de medicina tradicional coreana. Allí pasó cuatro días semiinterna y recibió tratamiento paliativo. Apenas unos días más tarde se sintió con un poco de fiebre y decidió volver a la clínica. Los doctores le sugirieron hacerse la prueba del virus. Se negó, recibió algunas medicinas y siguió con su vida. Entre otras cosas tomó un taxi, fue al bufet del Queen Vell Hotel y acudió en dos oportunidades a la iglesia de la que hace parte. La fiebre continuó hasta hacer de ella una antorcha y en esta ocasión fue directa a un hospital, donde dijo sí, está bien, háganme la prueba. Dio positivo. La paciente 31, como ya se le identifica, es la responsable de quince nuevos casos en un solo día. Ya se han empezado a rastrear a las más de mil personas con las que tuvo posible contacto, la mayoría fieles de su iglesia. Superpropagadora, ese es el término con el que se refieren a la mujer y a mi mente llega la imagen de un hidrante que explota.

*

En la noche, Soojeong regresa a casa con dos mascarillas y *pizza* para la cena. Alguien visitó su oficina y en lugar de llevar frutas o una torta de regalo, como se acostumbra, repartió mascarillas como dulces en una fiesta infantil.

*

Reviso las noticias en mi teléfono apenas abro los ojos. Soy como un corredor de bolsa sediento de números. Obtengo lo que busco, el virus se cotiza al alza. Ya son cuarenta los casos relacionados con la paciente 31. Una sola persona es responsable de un tercio del total general. En el desayuno hablamos sobre la Iglesia evangélica de la que hace parte la mujer. Se llama Shincheonji, algo así como «Nuevo cielo, Nueva tierra». Había oído sobre otras Iglesias coreanas protestantes, por ejemplo la Iglesia de la Unificación, conocida por sus matrimonios colectivos. Se ha extendido como la hiedra venenosa por todos los rincones. Recuerdo las fotos de sus miembros en Estados Unidos, con coronas hechas de balas y fusiles de asalto dorados. O la Iglesia Pentecostal de Yoido. Su templo principal parece un estadio de béisbol cubierto, lo sé

porque no está lejos de la emisora de radio donde a veces trabajo los sábados. Al parecer Shincheonji es aún más extraña. Tiene fama de ser una secta e incluso otros protestantes la desprecian por herética. Muchos de sus fieles le esconden a sus familias o parejas que hacen parte de ella. Viven años en total secreto. Mi esposa no tiene tiempo para explicarme más. Antes de irse se pone su mascarilla y su cara se divide en dos. El misterio de su nariz y boca sumergidas, unos ojos que me demoro en reconocer. Ligeramente rosada y ajustable, la mascarilla trae un filtro externo que le da un aire de absoluta seguridad. Al irse me doy cuenta de que no nos dimos el beso habitual de despedida.

Ya a solas, me lanzo a buscar más sobre la secta. Para mediodía sé que fue creada el 14 de marzo de 1984 y sus fieles se estiman en unos doscientos mil. Durante los servicios no se sientan en sillas, lo hacen sobre un cojín en el piso, muy cerca el uno del otro. Cantan, lloran, gritan lo más duro que pueden y se pasan el brazo por los hombros para formar una gran cadena. Son una línea de ensamblaje espiritual de donde salen oscuras oraciones y quejidos. Me estremezco al recordar que una de las formas de transmisión del virus son las minúsculas partículas de saliva que quedan flotando en el aire. Busco fotos. Veo a cientos de personas vestidas con pantalón negro y camisa blanca. Una de ellas podría ser la superpropagadora. Los seguidores de Shincheonji desestiman las enfermedades. Las personas se enferman y mueren únicamente por falta de fe, afirman sin que les tiemblen los labios. La paciente 31 se hizo la prueba solo hasta el último momento, cuando no entendió por qué la castigaban con ardores si era tan devota. La información que consigo es cada vez más perturbadora. Creen que su fundador, el pastor Lee Man-hee, tiene vida eterna. Les ha dicho que el día del juicio final se llevará consigo 144.000 almas al cielo. Las cuentan no me dan. Sin son 200.000, 56.000 se quedarían por fuera de su promesa. Tengo que leer más, preguntar, investigar. En ese momento me llega un mensaje de alarma al teléfono acompañado de un pito ensordecedor y un triángulo amarillo con un signo de admiración: ⚠ Estoy acostumbrado. El Gobierno manda estas señales de alerta cuando el nivel de polución es muy alto, cuando se viene una ola de calor o un tifón se aproxima. Esta vez es diferente. Esta vez nos dicen que ha muerto la primera persona por Covid-19 en el país.

*

Consulto el Corona Map en mi teléfono. Antes, los escasos puntos se concentraban en Seúl y alrededores. Ahora hay varias decenas en la zona que corresponde a Daegu, la cuarta ciudad de Corea. Justo cuando tengo abierto el mapa, aparece un nuevo punto. Y a los pocos segundos uno más. He oído de otra aplicación, también ideada por un particular. Ambas se sostienen con donaciones, pero ya buscan inversores. Corona 100 le avisa al usuario si ha estado a menos de 100 metros de un lugar visitado por un infectado.

*

Sabemos que se les ha pedido a los dos y millones y medio de habitantes de Daegu que se resguarden en sus casas. Una sugerencia que el miedo la hará sonar como una orden. Criticamos a los que critican que no se hayan cerrado las fronteras. Celebramos que se hayan cerrado las dependencias de Shincheonji. Oímos que las manifestaciones serán prohibidas en Seúl, sin excepción. No habrá concentraciones en la calle de ninguna clase, toda una decisión de alto calibre si se tiene en cuenta que manifestarse es una suerte de deporte nacional. Alrededor del hábito de la protesta hay una pequeña industria. Empresas que surten de camiones con megáfonos, parlantes, carteles, incluso manifestantes. Se dice que los políticos conservadores les pagan con almuerzos a hombres y mujeres jubilados para que griten en contra del presidente actual. Se les ve los sábados reunidos en la plaza de Gwanghwamun, cerca del Palacio principal. Algunos van vestidos con trajes camuflados y banderas de Corea del Sur y Estados Unidos, el gran aliado. He llegado a ver una tercera bandera, la de Israel. Alguien empieza a cerrar una pesada cortina de terciopelo sobre nuestras vidas. En un correo me anuncian que mis clases se pospondrán dos semanas.

*

Hablo con mi amigo Sánchez Braun. Es corresponsal de una agencia de noticias internacional. Propone que vayamos a cenar. Estuvo ayer en Daegu haciendo reportería y tal y como están las cosas, quizás sea la última vez que podremos vernos en un tiempo. En cuatro días hemos pasado de 30 contagiados a 433 infectados. Decidimos ir a un sitio de *yakitori*. Pinchitos japoneses de pollo y *soju*. Ya casi no tomamos el aguardiente coreano, la resaca es feroz, pero esta vez pedimos una botella esperando que el alcohol hable por nosotros. A. nos cuenta que vio la mayoría de las calles de Daegu desoladas, como si hubiera caído una bomba invisible en su centro. Frente a los hospitales, filas y filas de gente aguardando por hacerse la prueba. Médicos y enfermeras les tomaban los datos a los que esperaban por la prueba vestidos con trajes que en nuestra memoria inmediata nos hicieron pensar en Fukushima unos años atrás, con la diferencia que los doctores iban armados de termómetros infrarrojos que apuntan como pequeñas pistolas, en lugar de contadores Geiger para medir la radiación. No hay despojos, ni gatos perdidos, no hay líneas telefónicas cortadas, ni barcos sobre techos de casas y quizás por eso es más acuciante esta sensación, a la que le tuvimos que meter una segunda botella de *soju* para encarar el momento de la secta Shincheonji. En las conversaciones de los otros clientes aquel nombre también aparece, resuena como un eco. La historia del culto es fascinante y aterradora. A., Soojeong y yo intercambiamos material sobre ella como en un juego de cartas. Cada uno tira la suya y espera por la del otro.

Sánchez Braun: la manera de reclutar fieles es especialmente agresiva y funciona exactamente como un virus. Se infiltran en Iglesias católicas o protestantes y empiezan a hacerse

amigos de los fieles. Luego los convencen de que dejen su congregación y se vayan con ellos. A este procedimiento se le conoce como «cosechar», en su propia terminología. **Soojeong:** también invitan a jóvenes a grupos de estudio bíblicos, por lo general muchachos y muchachas que llegan de pequeños pueblos a las grandes ciudades y no tienen una comunidad en la que apoyarse, que vagan solos por las calles los fines de semana. **Yo:** jóvenes sin trabajo fijo o familia que mantener, con todo el tiempo para expandir la secta. Estudiar no puede ser malo, piensan. **Sánchez Braun:** la tasa de desempleo en los jóvenes viene subiendo desde hace una década y ahora es del 10,9 %. Es cuestión de extender la mano y agarrar. **Soojeong:** hay otro tipo de tácticas un poco más sutiles. Algunos se acercan a sus blancos con un café y les ofrecen una lectura del tarot gratis, un test de personalidad, cursos de idiomas, hacer parte de un club de escalada. Los han estudiado antes y saben de sus gustos o carencias. **Yo:** identificado el blanco, se le asignan tres cosechadores, a veces hasta veinte para multiplicar los encuentros casuales y no despertar sospechas. Mordido el anzuelo, los acogen, los hacen sentir amados e indispensables, entonces aparece la Biblia en la ecuación. **Sánchez Braun:** las lecciones de estudio pasan a ser los cinco días a la semana y solo cuando los tienen ganados revelan su verdadera identidad, su contraseña secreta, un nombre que muchos apenas susurran: Shincheonji. **Soojeong:** esperan que algunos deserten, pero ya saben dónde viven, trabajan o estudian, así que en células de dos o tres, para que la presión se sienta más fuerte, los esperan a la salida de su casa, su oficina o universidad y tratan de convencerlos. **Yo:** otros no pueden irse. Hacerlo es volver a la soledad. **Sánchez Braun:** los que se quedan estudian seis meses la interpretación de la Biblia según la secta y presentan un examen. Si lo pasan con un puntaje de más de noventa se les abre la puerta de una de las doce tribus o capítulos en los que se dividen. Y entonces pueden empezar a evangelizar. Y por supuesto, atender a las grandes ceremonias con el pastor fundador, como las dos a las que fue la paciente 31 en Daegu. **Soojeong:** a los más dedicados les ofrecen una carrera dentro de la Iglesia. Sus deberes poco a poco empiezan a consumirlos. Los obligan a cortar con sus vínculos familiares. Les dan talleres con técnicas para mentirle a sus amigos o familiares y mantener en secreto su identidad. **Yo:** ante la culpa les leen Romanos 3, 7: «Pero si por mi mentira la verdad de Dios abundó para su gloria, ¿por qué aún soy juzgado como pecador?». Algunos se vuelven paranoicos, creen que sus padres mezclarán sedantes con su comida para que no vayan al servicio.

*

Han llamado a nuestro amigo Sánchez Braun. Un funcionario le recomendó que guardara cuarentena después de haber estado en Daegu. Se pone en marcha un tren de pensamientos nocivos en mi cabeza. Los brindis, los abrazos de esa noche, las carcajadas al aire. Le he pedido, le he rogado, que me avise si tiene el más mínimo de los síntomas.

*

Teléfonos celulares, computadores, tabletas, periódicos en papel, televisores, radios, todos con la misma información: tras saberse que el número de contagios ha superado los quinientos, el presidente ha declarado la alerta roja. Se siguen practicando pruebas. Testeo luego existo, ese es el mantra. Hasta ahora van 35.000. Varias empresas de biotecnología empezaron a trabajar en el desarrollo de kits de prueba la semana en que llegó el virus. Las patentes fueron aprobadas con excepcional rapidez bajo la misma ley que permite recolectar la información de los pacientes. El dique se empezó a construir con la seguridad de que habría inundación, el por si acaso no existió nunca. Porque un virus es eso, una partícula de incertidumbre que no se contenta con un huésped, quiere millones, ansia hermanarnos a todos en la fiebre, recordarnos que no hemos dominado nada, preguntarnos qué hemos hecho para que merezcamos sobrevivir. También nos han dicho que habrá un solo comando central para el manejo de la enfermedad, encabezado por el primer ministro. Solo a través de él y del KCDC se difundirá la información. En Seúl, a pesar de que no hay apenas una decena de casos, se ha decretado el cierre de bibliotecas, museos, centros deportivos, estadios y colegios. Algo escandaloso en un país obsesionado hasta la neurosis con la educación. Soojeong tuvo que ir todos los días a su escuela en su época, jamás se encontró con las puertas cerradas. El 70 % de los funcionarios gubernamentales entrarán a trabajar una hora más tarde e igualmente saldrán una hora después de lo acostumbrado para descongestionar el metro y otros servicios de transporte públicos. Mi suegro ya ha dejado de ir al centro comunitario donde pasaba todas las tardes. Yo ya no iré al gimnasio público de mi barrio. Pienso en los tres viejos que están siempre en las máquinas de pesas. Ahora permanecerán sentados frente a un televisor, pendientes de las noticias. Nos dicen que son ellos a quienes el virus ataca con más saña, como si quisiera cobrarles por el aumento de la esperanza de vida. Hoy es de 83 años, igual que Italia y España. En 1954, apenas finalizada la guerra de Corea, era de 44 años. Uno más de los que acabo de cumplir.

*

Hay una petición ciudadana en la página de la Presidencia para disolver a la «Iglesia de Jesús Shincheonji, Templo del Tabernáculo del Testimonio», ese es su nombre completo. El presidente está obligado a responder a toda petición que supere las 200.000 firmas. Hasta el momento se registran 550.000. El Gobierno le ha pedido a la secta una lista oficial con el total de sus miembros y su información de contacto. Según se sabe, todos los fieles deben escanear sus huellas digitales o sus códigos QR en el teléfono antes de entrar a una celebración. El pastor fundador ha logrado que Shincheonji sea ubicuo. El jefe del equipo de prevención de enfermedades contagiosas de un distrito de Daegu ha tenido que reconocer que es miembro de la secta. Alguien creó una aplicación para rastrear si cerca del usuario se encuentra una de sus

1.900 iglesias camufladas. La usamos hace unas horas. Hay una no muy lejos, está al lado de un restaurante de ostras a la parrilla en donde a veces cenamos.

*

Hay un segundo foco de infección. Un pabellón psiquiátrico de un hospital en Cheongdo, un pueblo no muy lejos de Daegu. Una secta cristiana apocalíptica, un hospital con enfermos mentales, una enfermedad altamente contagiosa. Vidas espectrales que se materializan, cuerpos que reclaman un lugar en el mundo a través de un virus. La distancia entre la ficción especulativa más sensacionalista y la realidad se acorta hora a hora.

*

He dejado de leer, de trabajar en un nuevo libro, de pensar en las clases. Estoy encerrado en el mundo de la secta y del virus. Yo también soy su prisionero, soy su cautivo. Recuerdo lo extraño que me pareció cuando me explicaron que los hospitales en Corea ofrecen servicios funerarios y salas de velación. Ahora que lo pienso, nunca he visto una carroza fúnebre y tras la imagen me dejo llevar por un recuerdo largamente olvidado, un recuerdo que se posa de repente como un banco de niebla sobre un río. Estoy en Bogotá, a finales de los noventa. Tengo veinte años y mi abuela materna ha muerto. Nos reunimos en la sala de velación. La cremación tendrá lugar ese día. Llegada la hora nos ponemos de pie. Un empleado de la funeraria le dice a mi padre que un familiar tiene que acompañar al conductor del carro fúnebre. ¿O por algún motivo yo me ofrecí a irme con él? En todo caso me monto en un viejo Ford negro acondicionado para llevar un féretro. Mi abuela va atrás, embalsamada, muerta más que muerta. Hace sol y es mediodía, trancón en Bogotá. Paramos en un semáforo. El calor nos obliga a abrir las ventanillas. La gente nos mira, yo miro a la gente. El hombre, el conductor, un viejo de bigote cano, empieza a contar historias orgulloso y yo a preguntar. Transportó el cadáver de un aspirante a la presidencia al que asesinaron, a una reina de belleza que murió en un accidente. Me pregunta si puede prender el radio. Boleros. Sí, boleros, mi abuela los cantaba mientras cocinaba garbanzos o torta de plátano con bocadillo. El viejo dice que no le gusta llevar niños muertos porque el carro se siente muy ligero. Desde aquí, lejos en el tiempo y en el espacio, me veo en aquella carroza fúnebre pensando que esa es la mejor despedida que puedo darle a mi abuela, paseándola bajo el sol con música, oyendo las historias que me regalan los demás. El primer muerto por Covid-19 en Corea fue un hombre de 65 años que llevaba recluido en el pabellón psiquiátrico de un hospital de un pueblo casi dos décadas. Comía mal, nos han dicho. En todo ese tiempo nadie lo subió a una balanza y no hubo registro de su peso hasta su muerte: 45 kilos.

*

La barrera mental de los mil infectados ha quedado atrás. Una azafata de 36 años que servía en el vuelo KE012 Los Ángeles-Incheon es uno de los 1.146 pacientes en Corea. Nos dicen que las fronteras siguen abiertas, aunque desde hoy todos los pasajeros que salgan del país pasarán por una pantalla térmica para evitar que personas con fiebre se suban a un avión. Desde España una amiga me pregunta: «¿Todo está bien?». No sé qué responderle.

*

1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867. 1867 infectados.

*

En un solo día se presentaron 909 contagios, esta noche llegaremos a los tres mil. La cortina se cierra del todo. El aislamiento es inminente.

*

No declararon la cuarentena obligatoria, no cerraron las ciudades, no hay policía afuera patrullando las calles y aun así llevamos casi una semana sin atravesar la puerta. Vivimos en *El ángel exterminador*, esa película en la que un grupo de gente rica se ha reunido para una cena después de ir a la ópera y luego de unas horas, por algún motivo desconocido, no puede salir de su sala. Pasan varios días allí, encerrados, el alimento escasea y la basura se acumula. Pero no hay ninguna fiesta, no somos ricos, conocemos el invisible motivo por el cual no debemos salir y solo estamos los dos, a merced de nuestro humor, protegidos por la casa que hemos armado. Preferimos cocinar a pedir comida a domicilio. Gastamos más tiempo, porque de eso se trata. Las horas se encogen, las horas se alargan, sesenta minutos dejan de ser sesenta minutos y aun así se van sumando, unos tras otros, hasta completar la torre de un día. Y tras un día, otro y otro, como ha sido siempre, como siempre será.

*

Cierro los ojos, un misterioso impulso me lleva a recordar los nombres de los jabones de mi infancia. Lux, Sensus, El Dorado, Carey, Protex. Y ahora todos los baños de las casas donde he vivido. Los reproduzco en mi cabeza, los comparo. Y ahora baños de los hoteles donde he estado y que más me han impresionado. Baños de fincas, baños de restaurantes, baños de bares. Lavarse las manos. Más o menos cada dos horas me las lavo. Llevo más de una década casado y solo hasta esta semana he descubierto la forma en que Soojeong se lava las manos. Lo hace

exactamente cómo en esos gráficos que ya empiezan a circular por nuestras redes sociales. Me avergüenzo de mi manera de lavarme las manos, me preocupo. Tantos años descuidando las puntas de los dedos.

*

Ha llegado el mercado que hicimos por internet. Desde hace un tiempo los coreanos prefieren hacerlo así, incluso antes del virus. Cangrejos vienen desde la costa, perfectamente empacados, diría que todavía vivos. Yo me he resistido. Me gusta escoger las papas y los tomates por mi cuenta, es un asunto entre ellos y yo. A veces me quedo mirando fijo uno, como esperando que entablemos conversación.

*

Nos dicen que, del total de infectados, 30 % son mujeres veinteañeras, contrario a las estadísticas chinas, donde los viejos son quienes más y más rápido se contagian. Veinteañeras, ese es el grupo poblacional en el que Shincheonji se enfoca cuando despliega su maquinaria perfecta de cosechadores.

*

Tras varios días de confinamiento voluntario, voy a la peluquería. Necesito de la ilusión de la normalidad, del contacto con un ser humano diferente a Soojeong. Desde siempre he disfrutado que me laven el pelo en las peluquerías. No es un fetiche, más que un placer sexual voy en busca de una sensación de bienestar puro, infantil. El recuerdo de un niño al que su madre le echa champú. Pero antes de pagar por ese pequeño gesto de calidez me miden la temperatura con un termómetro digital en la entrada. ¿Y si hubiera tenido más de 37,5 grados? ¿Me habrían denunciado, habría llegado una patrulla? Nunca había visto el salón de belleza tan vacío. Tres empleadas se ocupan de mí. Una recoge mi abrigo, otra me pasa a la silla, otra me pone un cubre ojos. Esta vez, la encargada de lavarme el pelo se toma todo el tiempo del mundo. Incluye un masaje con un aceite para el cuero cabelludo que no le he pedido. Llenar las horas, ocuparse para no pensar. El peluquero hace lo propio, lidia por largos segundos con una punta que sobresale de mi oreja izquierda. La alegría del contacto se desvanece cuando pienso en lo fantasmal de toda la escena. Ese otro cliente, en la esquina opuesta, en aquella esquina lejana, a lo mejor también es un espectro que viene a recorrer lugares donde ha estado antes.

Luego el almuerzo. Ramen. El restaurante hace parte de una pequeña pero muy famosa cadena. La sucursal de nuestro barrio por lo general está a reventar y es normal ver gente haciendo fila. Nadie afuera, nadie adentro. Literalmente tengo el restaurante solo para mí. La

mesera, con mascarilla igual que yo, además de la jarra del agua que siempre me pone, me ofrece un frasco con gel desinfectante. La imagen que ahora me llega es la de *El resplandor*, cuando Jack Torrance pide un trago en el bar del Hotel Overlook a un camarero muerto hace muchos años. Cuando traen la comida, me quito la mascarilla y la guardo en el bolsillo de mi abrigo. Al igual que el peluquero, yo también me tomo mi tiempo. Llenar las horas, ocuparse para no pensar. Saboreo cada cucharada hasta que el elástico asomándose por el bolsillo me hace pensar en ese objeto asociado a los médicos y a la salubridad, en lo que he leído sobre él durante mi encierro. Antes de la llegada del virus, en Asia las mascarillas eran símbolo de higiene o protección contra la polución. También un accesorio de cantantes pop. Ahora todos las usamos. Recuerdo que hace un par de semanas, cuando la paciente 31 no había entrado en acción cambiando toda la escena, salió en el periódico un artículo dando consejos para maquillarse en tiempos de mascarillas. Ahora obviamente todo el énfasis recae sobre los ojos. Los coloretes han dejado de usarse, las ventas han caído al piso. En la calle, ya no me entretengo mirando diferentes narices, bocas, quijadas. Solo ojos, ojos escurridizos, ojos escrutadores, ojos amenazantes. Es muy difícil saber si alguien está triste o contento solo mirando sus ojos y no sus ojos con relación al resto de la cara, ese conjunto que el virus ha sabido borronear. El único momento en que aparece de nuevo en público es a la hora de comer. Pero no hay nadie que mire mi cara en el restaurante. En todas las ruedas de prensa el presidente y sus ministros han salido con mascarillas para dar una imagen de confianza, para decirnos que están al frente de la situación. ¿Y los que leen los labios? ¿Qué pasa con ellos?

*

Vemos en vivo y en directo al ungido por Jesús, el pastor prometido, el que sobrevivirá, el enviado. Según él mismo, el único capaz de descifrar el Apocalipsis, el libro más críptico de toda la Biblia. Tiene toda nuestra atención. Está acostumbrado, llena el estadio olímpico cada vez que se cumple un aniversario de su secta. Es su primera aparición pública desde el inicio del brote. Ha salido con traje gris claro, camisa blanca, corbata amarilla, gafas y pelo pintado de negro pegado a la cabeza. Parece como si se hubiera tinturado horas antes. Se sienta en una silla confortable, como de presidente de junta de accionistas. De hecho, recibe ese título en coreano, *chairman*. Pone las manos sobre una mesa y se acerca a un par de micrófonos. Detrás tiene la enorme puerta de madera tallada de El Palacio de la Paz. Aparte de los periodistas, se ven hombres y mujeres con carteles que dicen: «Deje a nuestros hijos libres». Con voz un poco quebrada que debió haber ensayado, el pastor Lee Man-hee ofrece «sinceras disculpas por el daño causado». A día de hoy el 80 % de los casos están relacionados directamente con su secta. Detectives y oficiales de sanidad a lo largo del país se han dado a la caza de los muchos que todavía se esconden, temerosos de revelar su identidad, como los primeros cristianos. Parece que la lista que han suministrado está incompleta. Una semana antes, el pastor había dicho en un

comunicado oficial que toda la situación causada por el virus había sido descrita en el Apocalipsis y que las dificultades no eran más que parte de la corriente que lo llevaría a conseguir su objetivo: salvar a 144.000 almas. Sus fieles pelean por un cupo entre los elegidos, por eso deben esforzarse más que sus compañeros de Iglesia, deben cosechar más. El diablo está celoso del éxito de Shincheonji, así terminaba aquel mensaje. Hasta ese momento el virus era lo mejor que le había pasado. Galvanizaba su idea del fin del mundo, pero entonces el contagio se disparó exponencialmente y ahora su tono ha cambiado. Tras las disculpas, responde algunas preguntas de periodistas —uno de ellos lleva un traje sanitario de pies a cabeza— con la ayuda de una asistente, porque el ungido, que ya tiene 88 años, no oye muy bien. «No sé qué es eso de dar negativo, pero ya me pusieron una inyección para la gripa», dice cuando le preguntan si se ha hecho la prueba. Alguien sugiere que se haga un nuevo test y que sea público. Lo desestima con un chasquido. Una mujer no deja de gritar asesino durante toda la conferencia. Su viejo tono autoritario brilla por un segundo: «¡Silencio! ¡Orden! ¡Aquí todos somos adultos!», amonesta. Finalmente rechaza responder si tiene el don de la vida eterna, el centro de su doctrina, el señuelo que le ha entregado a sus seguidores. Ya está listo para el momento más esperado de la puesta en escena. Se pone de pie, camina hacia un lado de la mesa y se arrodilla. Las manos ligeramente al frente y luego sobre el piso. Apoya la cabeza sobre ellas. Aguanta unos segundos en esa posición. Se para sin ayuda y repite el gesto. Terminado el acto se lo llevan sus asistentes como a una celebridad, aunque los gritos que lo despiden son gritos de furia. La puerta de madera se cierra. Probablemente no lo veremos más.

*

Voy hasta el recibidor seguro de que días atrás, al buscar mi carnet de la seguridad pública, he visto la nota que dejó la señora que vino a limpiar el apartamento hace un tiempo. La encuentro. Contiene un versículo del Apocalipsis.

*

Las alarmas en el teléfono son como cartas en el buzón que llegan a diario, pero al saber que traen malas noticias dejo muchas sin abrir. Lo único que sabemos es que han seguido enlazando por centenares a miembros de la secta para hacerles pruebas y aislarlos. Los otros focos —un par de hospitales, residencias para ancianos, un grupo de peregrinos católicos que visitó Israel— también han sido controlados. Como si se tratara de una novela de J. G. Ballard, muchos de ellos pasan la cuarentena en antiguos *resorts* y hoteles en el campo, cerca de parques temáticos que fueron clausurados hace tiempo. Confiamos en que el viento no avive las llamas.

*

Los cálculos más conservadores dicen que hay cincuenta pastores como Lee Man-hee en Corea. Otros afirman que hay ciento veinte. Sus críticos más ácidos dicen que se debería hacer un Jesús X o un Master Jesús Corea, un concurso para escoger de una vez a un solo redentor.

*

Otro libro abierto al azar: «Allí sentado, pensativo, no dejaba de rascarse la calva con una cerilla como si quisiera prenderle fuego».

*

Hace un par de meses que no iba a los estudios radiales de KBS a leer las noticias en español. Me han pedido que no olvide mi mascarilla, es obligatorio usarla dentro del edificio. Abandono el confinamiento. El bus semivacío cruza el río Han y me doy cuenta de lo limpio que está el cielo. La polución ha bajado muchísimo en los últimos días. Antes de entrar, compro un café para llevar en una panadería. En la puerta del monumental edificio de la emisora hay una máquina para medir la temperatura. El encargado se distrae por un segundo y me deja pasar con la bebida. La alarma salta y las pocas personas que están en el *lobby* voltean de inmediato. Siento cómo respiran aliviados al verme con mi vaso de cartón en la mano y una cara de idiota. Lo dejo en una mesa y paso de nuevo. No hay problema.

Frente al ascensor, una botella de gel desinfectante; en la entrada de la oficina, una botella de gel desinfectante. En una redacción para ochenta periodistas hay apenas unos diez en pleno día laboral. La productora me saluda y me señala otra botella de gel desinfectante al lado de mi puesto. Se asegura de que me eche un poco y me dice que grabamos en media hora. Esta es la época del año en que los ejercicios militares combinados entre Estados Unidos y Corea del Sur despiertan la ira de los norcoreanos. La guerra siempre empieza por estos días. Hoy de hecho Corea del Norte disparó dos misiles, pero a nadie parece importarle mucho. El virus es una amenaza aún más real.

Ya en la cabina doy el parte del día. Al final de esta bonita tarde de martes se han reportado 4.812 infectados y 28 muertos. El 89 % del total corresponden a casos de Daegu. En 44 días desde el primer infectado, el Gobierno coreano ha hecho 121.039 pruebas y se esperan los resultados de las practicadas a los miembros y aspirantes a miembros de Shincheonji. Ochenta y dos países han impuesto restricciones de viaje a los coreanos. Corea del Sur solo ha restringido la entrada a personas de Wuhan, del resto no ha cerrado sus fronteras y no planea hacerlo. Tampoco hay señales de cuarentena obligatoria. Autocontrol ciudadano, transparencia e información oportuna, pruebas masivas, rastreo y aislamiento de posibles infectados: esos son los cuatro elementos que han reemplazado al fuego-aire-tierra-agua.

Usualmente me despido de la productora con un abrazo, algo muy poco común en Corea, incluso entre amigos cercanos. La sugerencia estatal es no tener ningún tipo de contacto físico, sin embargo, nos damos un apretón de camaradas del secretariado, de esos en los que se usan ambas manos. Nos vemos pronto, decimos creyendo en cada una de nuestras palabras.

No quiero regresar a casa aún, quizás no vuelva a salir en la semana. Decido ir a un centro comercial cercano en pleno centro financiero. No necesito nada, solo quiero dar una vuelta, usar las piernas. Si no hiciera tanto frío iría a un parque. Son las seis de la tarde, en otro momento el lugar estaría repleto de compradores. Recorro amplios pasillos vacíos —el centro comercial es subterráneo, se hunde varios pisos en la tierra—, subo y bajo por redes de escaleras eléctricas, atravieso la inmensa zona de comidas y apenas si me cruzo con un par de personas. Aun así todos los locales están abiertos. Empleados esperando por clientes que jamás llegarán, como en la novela de Dino Buzzati, *El desierto de los tártaros*, en la que un capitán se pasa su vida entera esperando a que el enemigo ataque su fortaleza en medio del desierto, cosa que nunca pasa. No hay filas para comprar boletas para una película, ni para las palomitas de maíz, pero los cines siguen abiertos. Pasan películas estrenadas hace años, cosas como *Telma and Louise*, *Billy Elliot* o *Titanic*. Me apoyo en una baranda de vidrio a ver si pasa alguien, de la nada sale un empleado con mascarilla y radio teléfono. Me dice que no me puedo apoyar ahí. No puedo ver en paz el fin del capitalismo, lo que muchos creen que pasará tras contener el virus, por lo que he leído en un par de artículos. Mientras prescriben un nuevo orden mundial basado en la solidaridad y la ecología, sus autores ordenan tacos a domicilio y piensan dos veces si dar propina o no. Creerán que al abrir las puertas de sus estudios y salir otra vez a la calle, verán a los dueños de las corporaciones colgando ellos mismos sus sogas en mitad de las plazas.

*

Desde Colombia mi madre no para de preguntarme cómo estamos y yo solo mascullo cuánto tiempo se tomarán las fichas de dominó para caer y llegar hasta allá.

*

Más de 5.000 infectados, 32 muertos y el presidente de Corea del Sur declara la guerra abierta y frontal contra el virus. Así, con esas palabras de vieja retórica bélica, que en este lado del mundo tienen una carga específica. Muchos coreanos habrían pensado que de oírlas tendrían que correr a los refugios subterráneos, que los cazas despegarían de las bases aéreas, que las sirenas no pararían de sonar, pero todo está en silencio y hace más frío que ayer.

*

Los grandes fabricantes de *soju* han empezado a donar sus reservas de alcohol para fabricar gel desinfectante. Treinta y dos toneladas de etanol del licor más vendido en el mundo —tres veces más que el vodka que beben los rusos— no irán a parar a las gargantas de los coreanos. Cuando estamos en el campo o en uno de esos restaurantes callejeros de mesas y sillas de plástico, cubiertos apenas por una carpa naranja, a veces recurrimos a una vieja costumbre coreana. Luego de abrir una botella de *soju* y antes servir la primera copa, Soojeong le da un golpecito al cuello. Debe ser firme y rápido para que salté al piso un chorrito de *soju*. En honor a los espíritus. Esperamos volver a saludarlos pronto, rendirles tributo.

*

Shincheonji ha tratado de lavar su imagen. Primero, la secta accedió a que su pastor se hiciera la prueba. Se la practicaron en uno de esos puestos móviles que se han armado en varios lugares del país, en parqueaderos o grandes extensiones vacías. El procedimiento dura menos de diez minutos. También se han inventado una especie de cabina telefónica con el mismo fin. El médico está adentro y solo tiene contacto con el paciente a través de unos guantes especiales. Segundo, en un acto de desespero, esta mañana la secta depositó nueve millones de euros a la cuenta que el Gobierno abrió para recibir donaciones. Pocas horas después el Gobierno devolvió la suma, como se devuelve en un restaurante un plato de arroz con un pelo largo y negro.

*

Nuestro amigo Sánchez Braun ha terminado la cuarentena sin novedades, aun así prefiere no abandonar su casa esta noche. Tras otra semana de encierro por cuenta propia, con salidas mínimas al supermercado como escuadrones especiales, rápidos y efectivos, hemos decidido ir a un club pequeño que está a pocas cuadras de nuestro apartamento. En la puerta nos explican, después de echarnos gel desinfectante en las manos, que no debemos quitarnos la mascarilla una vez adentro. Abro las cortinas, paso y siento como si estuviera en un club sadomasoquista especializado en parafilias médicas. Oímos algo de música y luego acompaño a un amigo afuera a fumar. Con el cigarrillo por la mitad se acerca una mujer de mediana edad, su mascarilla le cuelga perezosa de la oreja izquierda. Le dice a mi amigo: «Masaje sexual, 40.000 wones. ¡Vamos, vamos!». La miramos en silencio. Ha venido de un par de calles arriba, donde todavía sobreviven burdeles de la época en que iban los soldados gringos estacionados en la base militar que está en mitad de nuestro barrio. La mujer insiste: «¡Masaje, masaje!». Finalmente se cansa y se va. El país está lleno de gente caminando en la cuerda floja.

*

Me despierto con un poco de resaca, voy al baño, pongo la cafetera, busco un disco para poner, elijo la banda sonora de *Barry Lyndon*, prendo el tocadiscos, espero a que Soojeong despierte para preguntarle si quiere tostadas o huevos o tostadas con huevos y en todo ese tiempo, unos preciosos quince, veinte minutos, el virus deja de existir.

*

En la tarde un joven de secundaria hackeó la página de Shincheonji y durante diez minutos apareció la imagen de un Buda sentado. A pesar de los otros focos de contagio, toda nuestra incertidumbre, todo nuestro miedo ante lo que pueda pasar, está atravesado por la secta. Necesitamos un saco de boxeo nacional y no hay uno mejor que la Iglesia.

*

Una guía turística empezó a tener síntomas leves y decidió llevar un diario detallado de todas sus actividades. Ella misma decidió vigilarse, en uno de esos momentos en que últimamente Corea del Sur y Corea del Norte parecen haberse reunificado por un minuto. Se han divulgado algunas páginas. Su letra es pulida, firme, notarial.

> Dejo este registro que he llevado ante una situación inesperada, con el sincero deseo de no hacer daño a ningún inocente.
>
> 2020. 01. 23 (jue)
>
> *Aprox. 11:40. Caminé desde la casa a la estación Dohwa (duración 12 min).
>
> *Entre 12:05-10. Subí al metro y llegué a la estación de Yongsan aprox. a la 1 p.m. (duración aprox. 53 min).
>
> *Caminé hasta el Museo Conmemorativo de la Guerra (duración aprox. 20 min).
>
> *Antes de llegar el museo usé el ATM en el Banco Woori, cerca de la estación Samgakji (línea 4).
>
> *A las 14:00 en punto empecé mi servicio de guía para unos turistas chinos en el museo (duración aprox. 40 min).
>
> *17:00. Terminé mi trabajo y tomé el metro en la dirección opuesta hasta la estación de Yongsan. Probablemente subí al metro exprés hacia el Este. Bajé en la estación de Chuan, cambié el metro hacía Incheon, me bajé en la estación Dohwa y caminé hasta casa.

Y así durante veintitrés días hasta que supo que había contraído el virus, con mínimos cambios, como un descanso en una banca de los jardines de un palacio.

*

En el baño hojeo un libro con poemas y canciones de Leonard Cohen. Como si fuera el *I-Ching*, siempre tiene una respuesta:

Me pregunto cuánta gente en esta ciudad

vive en cuartos amueblados.
De noche, cuando contemplo
ante mí los edificios
juraría que veo un rostro en cada ventana
mirándome,
y cuando me vuelvo
me pregunto cuántos regresan a sus mesas
y escriben esto.

*

Hoy se decretó el primer caso de aislamiento colectivo en un conjunto de apartamentos en Daegu. Tiene la particularidad de que es exclusivamente para mujeres solteras, de menos de 35 años y con pocos ingresos. Al mes pagan 40 euros por un apartamento para una sola persona. De las 141 residentes, 94 hacen parte de Shincheonji y 46 de ellas fueron identificadas con el virus. Ninguna de las otras residentes lo contrajo. Han evacuado a las infectadas y las restantes deben guardar cuarentena en sus casas. Se les lleva comida en un camión que la descarga a la entrada. Un guardia deja una caja en frente de cada puerta. El mercado consiste en arroz listo para calentar, fideos instantáneos, latas de atún, carne molida enlatada. Quizás salga algún plato nuevo de allí. En la caja también hay pasta de dientes, cepillos, papel higiénico, artículos de limpieza y agua. El nombre del conjunto residencial es Hanmaeum. «Apartamentos Un Solo Corazón.»

*

Ya no puedo seguir ninguna historia, es imposible. Los casos son tantos que todas las vidas se confunden, se sobreponen, pero de los 7.041 contagiados me llama la atención uno de ellos. Se trata de un funcionario que trabaja en un complejo gubernamental donde está el Ministerio de Salud y otras muchas dependencias del Gobierno. Todo indica que lo contrajo en una clase de zumba. Ya hay otros 90 casos relacionados con este tipo de ejercicio. El azote lo ha traído una secta fraudulenta y un ejercicio aeróbico que se basa en el baile a ritmo de salsa y merengue. *Rumbacize* fue su primer nombre. A lo mejor es hora de que alguien tire de nuevo un fémur hacia el cielo y todos esperemos a ver cómo nos va esta vez.

*

En el día número cincuenta desde el inicio del brote, empieza el racionamiento de mascarillas propuesto por el Gobierno, en vista de la escasez y de los acaparadores. También se ha prohibido

su exportación. Es lo más cerca que Corea del Sur estará del comunismo y de Corea del Norte, donde ni una sola persona tiene el virus, eso ha dicho el régimen. Al igual que siempre, los rumores se esparcen como nubes azufradas: a los infectados los fusilan.

Se venderán dos mascarillas máximo por cabeza y a cada uno le corresponde un día a la semana para la compra, según el último número del año de nacimiento. El mío es el martes. El margen de venta para las farmacias es poco o ninguno, apenas unos centavos. Ya se anuncia una aplicación para conocer la farmacia más cercana dónde han llegado las mascarillas y cuántas quedan en tiempo real, todo para evitar las aglomeraciones. La palabra me hace pensar en piscinas y parques de atracciones llenos a más no poder, en ascensores de grandes aseguradoras a la hora del almuerzo, en estrenos de cine con la boletería agotada, en restaurantes el Día de la Madre, en el saludo de la paz entre los fieles católicos en la Misa del Gallo, en clubes a medianoche, en desayunos bufet, en los empujadores profesionales del metro de Madrid y Tokio, en *spas*, en la procesión para celebrar el cumpleaños de Buda todos los años en abril, en situaciones que implican decenas de cuerpos contra cuerpos, cuerpos extraños rozándose. Otra palabra para inventar, la nostalgia que producen todos los lugares donde los humanos se encuentran con otros humanos por miles, la muchedumbre.

*

Me voy a la cama con dos imágenes. La primera muestra medio centenar de billetes de 50.000 wones (40 euros) con los bordes negros. Un hombre los metió al microondas para librarlos del virus y los alcanzó a quemar. Me pregunto cuántos segundos habrá pensado que eran suficientes para erradicar el virus de su dinero. ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Un minuto? El Banco Central ya ha dicho que no repondrá ningún billete que haya pasado por semejante medida aséptica. La segunda es una colección de retratos que muestra a una docena de enfermeras de Daegu con tiritas desechables en el puente de la nariz o la frente mirando a la cámara. Llevar mascarillas o capuchas protectoras por tiempo prolongado les ha producido dolorosos cortes en la cara. Las que trabajan en las unidades de cuidados intensivos se visten con trajes que parecen escafandras y como buzos solo pueden comunicarse con señas. Puedo oír su respiración pesada, el fuelle de sus pulmones.

*

Los dioses y los virus son invisibles a nuestros ojos.

*

El respiro de ayer fue solo eso, una bocanada que apenas nos sirvió para atravesar el día. El virus

ha desembarcado en Seúl. Hasta este momento los casos eran mínimos, pequeño consuelo si se piensa que en el área metropolitana vive la mitad de la población del país: 25 millones. Se trata de un brote colectivo. Fue descubierto en un *call center* de ochocientos empleados distribuidos en los pisos de arriba de un gran edificio. El centro de llamadas está ubicado muy cerca de una estación de metro que conecta con varias ciudades dormitorio. Lo de perderse en el metro no es solo una expresión en Sindorim. Una vez me sucedió, me vi encerrado en el laberinto de sus pasillos, adormecido por gente yendo y viniendo como olas hasta que desperté y, como pude, busqué una cabina de información. Hay pánico, la mancha de Shincheonji no se acaba de extinguir, aunque ya no podemos culparla más. De los 102 nuevos infectados, solo cinco revelaron ser miembros de la secta y además no dieron positivo. Por lo general en las oficinas coreanas apenas se pronuncia palabra, hay un silencio medio religioso. Un *call center* es todo lo contrario. No hay mejor sitio para la expansión del virus: gente hablando por teléfono sin descanso y sin mascarilla, partículas de saliva viajando con lentitud de un cubículo a otro en un espacio reducido. Una trampa perfecta en una de las tantas iglesias del capitalismo.

*

Mes y medio después del cierre a cal y canto de Wuhan se declara oficialmente la pandemia. En Italia y en España se ha decretado el confinamiento por orden del Gobierno. A propósito del rastreo en Corea del Sur de posibles infectados a través de cámaras de televisión y transacciones bancarias, vigilancia que además solo se activa en casos de epidemia, muchos discuten con voz airada el derecho a su privacidad como si fueran vendedores de armas, traficantes de drogas o portadores de secretos nucleares. El 95 % tenemos zonas oscuras hechas a la medida de nuestras pequeñas vidas, alguna patética foto desnudos, un comentario hiriente y desagradable hecho a la espalda de un amigo, un odio nebuloso por el padre o la madre, un desprecio por nuestro jefe, en todo caso comprensible. Y ni siquiera eso se sabría, porque aquellas minucias no le interesan a un epidemiólogo. ¿Por qué compraste helado si sabes que eres diabético? ¡No puedes comer dulce! ¿Desde cuándo vas al casino? Dos horas en la habitación de un hotel, una tarde en la que debíamos estar en la oficina. Ese tipo de cuestiones quizás saldrían a la luz de tocarnos la lotería del virus. Por otro lado, vivir semanas, meses, en casa por cárcel —algunos en confinamiento solitario o hacinados—, patrullas militares en las calles, multas si se pone un pie afuera cuando no es permitido, denuncias de los vecinos, en los que ya jamás se podrá confiar, me pregunto si acaso aquello no es infinitamente peor. Hasta 1982, los coreanos vivieron un toque de queda impuesto por Estados Unidos al final de la guerra. Por treinta y seis años nadie pudo salir entre la medianoche y las cuatro de la mañana. Quedarse encerrado en casa porque lo mande alguien ya no es aceptable. Hacerlo por decisión propia tiene todo el sentido.

*

Tengo sobre mi escritorio un pequeño busto de porcelana barata con la inscripción «*The Human Mind*» en la base. «La mente humana.» Hace unos meses se me cayó y se quebró en la parte que corresponde al lóbulo derecho. No pegué los pedazos, los dejé amontonados a un lado. Es mi *Memento Cogitare* en reemplazo de un *Memento Mori*. «Recuerda pensar», en lugar del «Recuerda que vas a morir», muchas veces simbolizado con un cráneo en decenas de cuadros pintados en la Europa medieval, precisamente en épocas de plagas.

*

Se han conocido historias sobre los infectados del centro de llamadas en Seúl. Uno de ellos tiene dos trabajos. Se levanta muy temprano para repartir mercancías y luego va al *call center* a cumplir con su turno de ocho horas, cuota de ventas y avalanchas de quejas de clientes. Alguien ha hecho un comentario en una red social sobre el itinerario de otra contagiada. Una tarde de viernes, al salir de su trabajo, la mujer vagó un rato a solas, fue a un local de baratijas donde compró un gorro de baño, más tarde se comió un pastelito callejero por cena y a casa. «Al principio me pareció que llevaba una vida muy triste. Luego me di cuenta de que aquella mujer habría podido ser yo», decía el comentario.

*

En 1992, J. G. Ballard —otra vez él, santo patrono del estropicio al que hemos llegado— publicó *Guía para una muerte virtual*. Descreído de las legiones de robots o seres de lejanos planetas que nos habrían de esclavizar, su cuento consiste tan solo en la transcripción minuciosa del horario de un canal de televisión correspondiente al 23 de diciembre de 1999, pocas horas antes de que la vida inteligente desapareciera del planeta Tierra. La parrilla televisiva es una de las pistas que han quedado para entender el origen de la catástrofe. A primera hora:

> 6:00 Porno-disco. Despiértese con imágenes de porno duro, para él y para ella, acompañadas de música disco.
>
> 7:00 Informe del tiempo. Los microclimas previstos para hoy en los patios interiores de los hoteles, centros comerciales y edificios de oficinas de la ciudad. El Hilton International promete nevadas intermitentes vespertinas como aperitivo de Navidad.
>
> 7:15 Resumen de noticias. ¿Qué han planeado para usted nuestras fuentes de noticias? Tal vez una pequeña guerra, un terremoto sintético o una relación comparativa entre las regiones que sufren hambruna y las organizaciones benéficas.

En la madrugada:

> 22:00 Alerta crimen. ¿Será su hogar el escogido por la pandilla delictiva de la televisión para irrumpir en él esta noche?
>
> 23:00 Especial de hoy. El teleorgasmo. Realidad virtual TV lo lleva a una orgía. Tenga sexo con las

mayores estrellas del mundo. Esta noche: Marilyn Monroe y Madonna, o Warren Beatty y Tom Cruise. Solo para suscriptores *premium*: experimente la transexualidad, la pedofilia, la sífilis terminal, la violación por una pandilla y el bestialismo (elección: pastor alemán o golden retriever).

1:00 Boletín de noticias. Colisión aérea de esta noche.

2:00 La hora religiosa. Imagine que está muerto. Sacerdotes y neurocientíficos elaboran un modelo realista de su muerte.

*

Dos mujeres miembros de Shincheonji se han suicidado en lo que va del brote. Las dos escogieron saltar del balcón de sus apartamentos. Nos dicen que no soportaron las constantes peleas con sus maridos tras reconocer que hacían parte de la secta. ¿Dónde estará la paciente número 31? A estas alturas ya debió haber sido dada de alta. Por qué yo, por qué yo entre 200.000 miembros, se debe preguntar todos los días frente al espejo.

*

Mierda. Esa es la palabra que oigo en la mesa del comedor. Estamos cenando, Soojeong recién ha llegado de su oficina. En el recibidor cuelga su mascarilla. Hice espaguetis *al burro*, la cabeza no me da para recetas más elaboradas. Mierda. Es una de las alertas de emergencia que llegan al celular. No tengo el mío a mano. ¿Qué pasó?, pregunto. La respuesta se demora en llegar. Dejo los cubiertos sobre la mesa y vuelvo a preguntar. En la alerta se menciona a Hannam-dong, el nombre del barrio vecino, a una estación de metro. Hay un link que conecta con un blog del distrito donde vivimos. Lo consultamos de inmediato. Un polaco, 34 años, regresó hace dos días al país y fue diagnosticado con el virus. Revisamos el itinerario de sus últimos días y reconocemos varios restaurantes. Uno, de empanadillas chinas, queda a cinco minutos de nuestra casa. A veces voy solo entre semana. En el otro comimos *pizza* hace un mes. El polaco también sacó dinero en la sucursal bancaria que está justo detrás de nuestro edificio. Siento como si nos hubieran marcado con un círculo de tiza. Le cuento a Sebastián, mi amigo y vecino del barrio, profesor universitario, colombiano, como yo. A él también le aplazaron las clases y se la pasa encerrado en su casa, como yo. Mierda. Estuvo el sábado pasado en el restaurante de las empanadillas chinas. Se altera, lo calmo. El polaco pasó por allá el martes. De todas maneras: mierda.

*

Soy una de esas personas que con una taza de café en la mano se queda viendo por la ventana. Y lo que veo desde la cocina no es otra cosa que dos hombres, con mascarillas y chalecos oficiales, removiendo las bolsas de basura del edificio vecino. Descanso cuando los oigo reír, en lugar de mirarse preocupados y llamar a la brigada de desinfección.

*

Se ha demostrado que los generales de tres soles y los escritores de distopías al uso son del todo superfluos en caso de una epidemia. En estos momentos no hay algo más triste que un novelista especulando sobre el futuro, pero cómo no resistirse, cómo no pensar que el virus ha empezado a taladrar todas nuestras certezas. A lo mejor muy pronto caigan como una mesa a la que las termitas le han devorado sus patas. En algunos lados dicen que ya nada será igual. Es una frase extraña, todo cambia todo el tiempo, pero ahora se siente así, como el fin de algo y el inicio de otra cosa. Quizás es el verdadero comienzo del siglo XXI: las décadas anteriores pertenecían al siglo XX y a sus guerras, pero con la caída de las Torres Gemelas llegó una nueva edad de oro para la industria militar. Esta vez es diferente. La tentación del enemigo ya no es posible. Tras el comunista, el traficante de drogas, el terrorista islámico, ahora ha aparecido uno que de verdad está oculto, que está en nosotros, que existe y no existe. No se puede hacer un cartel de «Se busca» con la imagen del virus y una recompensa. Una torre en llamas era una imagen fácil de vender. La vimos todos en un televisor, en vivo. Para este momento anticlimático no hay una ni siquiera remotamente parecida. Las plazas desoladas, como en una pintura de Giorgio de Chirico, o la gente mirando por la ventana, como en los cuadros de Edward Hopper, no movilizan a nadie. Ni los videos de drones sobrevolando autopistas sin carros y estaciones de metro sin gente, cual negativo de *Koyaanisqatsi*. Tristemente ni siquiera la de un cadáver envuelto en plástico y cinta bajo una caja de cartón.

Las plagas medievales nos pusieron a pensar de una forma diferente en Dios, nos plantearon por primera vez la duda sobre su existencia. ¿Este nuevo virus qué pregunta nos hace?

*

Las grandes y adineradas iglesias protestantes ofrecen sus servicios por *streaming*. Ahora que lo pienso no me parece tan raro. Antes de las clases en línea existían las clases por televisión y la misa católica se transmitía temprano los domingos. Un sacerdote alzando el cuerpo y la sangre de Cristo ante las cámaras y yo ansioso esperando a que se acabara la celebración para darme mi banquete dominical de dibujos animados. Nos dicen que algunas iglesias pequeñas siguen reuniéndose los domingos, a pesar de lo que sucedió con Shincheonji. Los pastores viven literalmente de los diezmos. Si no abren, no comen. Las fábricas de almas tampoco pueden parar, Dios es un barril sin fondo. La Iglesia Río de la Gracia, al sur de Seúl, ofreció sus servicios la semana pasada. En la puerta, el pastor echó agua con sal en la boca a cada feligrés con un rudimentario aspersor, una medida preventiva aprobada por Jesús. Hilarante, pero también aterrador al saber que es el brote colectivo más grande en la capital tras el del centro de llamadas: cuarenta personas resultaron infectadas, incluido el pastor y su esposa.

*

Me descubro maldiciendo al polaco mientras lavo los platos. Ha traído la peste y los nervios hasta nuestras calles. Así, con un brote xenofóbico asqueroso. No demoro en sentirme avergonzado.

*

Domingo. Solo eso, domingo.

*

Hace sol. Salgo a caminar. La luz de la tarde no se refleja en las personas —no hay—, solo en los edificios. Experimento el mismo temblor que sobreviene al poner un pie en la calle después de una larga noche de insomnio, esa vibración imperceptible que emana de todas las cosas. Tras vagar un rato en aquel estado, esperando en cualquier momento ver a un faisán, descubro una librería nueva. Se especializa en vender únicamente copias de los clásicos de Penguin. Entro. Hay cientos de viejas ediciones. Aflojo mi mascarilla y empiezo a recorrer los anaqueles emocionado. *La plaga* de Albert Camus es el primer libro —el primero, no el segundo, ni el tercero— del estante principal. Lo compro. De hecho, en un arranque me llevo quince libros, incluida una edición de *El sueño eterno* de Raymond Chandler y otra *Winesburg, Ohio* de Sherwood Anderson. No sé cuántas veces he tenido ese libro en mis manos, en español y en inglés, y lo dejé de lado. Nuestra cita estaba decidida, solo podía ser hoy, aquí y en estas circunstancias tan extrañas. Pago y antes de salir de la librería el dueño, un coreano de unos sesenta años que habla inglés con acento británico, me dice sonriente: «*Don't get killed*». Una manera muy londinense de recordarme que me ponga la mascarilla. De regreso a casa me cruzo con un vagabundo. Es la única persona que he visto sonreír en mucho tiempo. Lo hace con la cara al sol. Su reino ha llegado, pienso. Las calles son suyas, no solo en las noches, también de día. Su sistema inmunitario, robusto por tantos meses de frío y calor a la intemperie, por comidas sacadas de las canecas, por heridas curadas al viento, lo hará prevalecer. Ojalá.

*

Me acuesto con una ligera molestia en la garganta. Quizás es culpa de uno de los viejos libros de Penguin que estuve ojeando.

*

Me despierto con la misma molestia en la garganta. En la mañana, a medida que trabajo, la molestia es más persistente, pero no alcanza a ser un dolor. Cocino y mientras corto unas cebollas me envuelve una sensación parecida a la que precede a una gripa fuerte. Me sacuden latigazos de pánico. Imágenes de hospitales, pasillos, enfermeras. Tomo agua. Estoy tentado a tomar agua con sal. En la tarde siento como si un conejo se hubiera dormido en mi pecho. Me acuesto en el sofá con esa ligera opresión y reviso mi teléfono, hago todo para evadir cualquier pensamiento aciago. Apenas si se lo menciono a mi esposa. Durante la noche me despierto varias veces. La molestia en la garganta está ahí, el conejo sigue sobre mi pecho.

*

Un empleado de 40 años que trabajaba para una compañía de reparto de mercancías ha muerto. Eso nos dicen. Su empresa se especializa en entregas nocturnas: un pedido se hace a las diez de la noche y muy temprano en la mañana está en la puerta. Lo encontraron tirado en las escaleras de un edificio. Por supuesto, no todos los lugares a los que tenía que ir contaban con ascensor. Cuatro, cinco pisos con cosas esenciales para una cuarentena, una caja llena de bolsas de arroz, botellas de agua, un televisor. En un día normal hacía cien repartos, desde que empezó el brote la cifra se dobló. Le digo a Soojeong que volveré a hacer mercado, no más pedidos en línea. Cumplo mi promesa y salgo por un par de cosas que hacen falta para la cena. Paso en frente del restaurante de empanadillas chinas donde comió el polaco. Un gran cartel en la puerta, a la manera de esas antiguas cruces rojas que se pintaban en épocas de plagas medievales, avisa a los clientes que el local ya fue desinfectado. De todas maneras permanecerá cerrado unos días.

*

Oigo la frase que me ha acompañado la mayoría de las mañanas desde que nos mudamos a este apartamento, hace ya seis años. «¡¡Ya me voy!! ¡¡Vuelvo más tarde!!» Siempre hay esperanza genuina en esas palabras. Por alguna razón nunca me suenan cansadas o insinceras, pero en estos días tiene una especial resonancia. La frase la pronuncia a diario la joven que vive en el segundo piso de la casa de enfrente, mientras baja la escalera exterior. En el primer piso vive su abuela. «¡¡Ya me voy!! ¡¡Vuelvo más tarde!!» Me dan ganas de sacar la cabeza por la ventana y gritarle: «¡¡Bueno!! ¡¡No te demores!!».

*

Otra vez me despierto a medianoche. Odio el virus, odio el virus, odio el virus.

*

Cada tanto, aparecen en Seúl nuevos focos de contagio que son controlados como incendios, algunos más grandes y funestos que otros. A lo mejor las brigadas de desinfección y los oficiales de sanidad serán nuevos bomberos. Cada barrio tendrá su central. Habrá llamadas a medianoche, sirenas y cuando los contagiados estén aislados, entonces llegarán los peritos de las empresas de seguros. Solo espero que no exista el equivalente a un incendio provocado.

*

Tengo que ir al Instituto de Traducción Literaria de Corea a recoger un material y discutir rápidamente un par de cosas con las alumnas antes de empezar las clases en línea la próxima semana. Cruzo el río por segunda vez en meses y la sensación es similar a estar dejando una ciudad atrás y entrar en «La Zona», el misterioso territorio de la película de Andrei Tarkvosky, pero en lugar de ruinas y charcos veo la Seúl más adinerada y sin mucha gente que la transite. Un mundo desprovisto de sombras, a eso me enfrento. Me llega una especie de vértigo al imaginar los rascacielos vacíos. Bajo del bus y empiezo a atravesar a pie una avenida de doce carriles. Apenas si hay autos. En la mitad me detengo y miro alrededor como un explorador podría mirar Marte por primera vez.

En la entrada del Instituto hay una mesita, con el ya ubicuo tarro con gel, un termómetro digital y una planilla. Otro profesor, un alemán con el que nunca he cruzado palabra, a pesar de encontrarnos en las ceremonias de inauguración y clausura de los cursos, se voltea con rapidez. Su mascarilla solo me deja ver los ojos, hay un brillo extraño en ellos, una mezcla de odio, reproche, nervios. No guardé mi distancia. Estoy a menos de un metro de él. Caigo en la cuenta y salgo del edificio avergonzado. Cuando se ha ido vuelvo a entrar y me tomo la temperatura. En casa no lo he querido hacer. Ruego para que no sea mayor a 37,5 grados. Pongo el termómetro a la altura de mi sien derecha sin que toque mi piel y disparo. El resultado: 36,2. Declaro de mi puño y letra que no tengo tos ni fiebre, aunque sigo sintiéndome raro al respirar. Firmo la planilla con el temor de haber mentido.

En el salón de clases hablamos tras las mascarillas. Después de aclarar la logística y el horario de las clases con las alumnas, les pregunto sobre las últimas semanas, sobre cómo han sido para cada una. Soy de esos profesores chismosos. El hijo de H. iba a entrar justo hace un mes al colegio. El ansiado primer día, los nuevos amigos, la profesora, las posibles lágrimas antes de despedirse de ella y subirse al bus escolar, todo quedó suspendido en el aire. Mencionamos a las dos alumnas que están atrapadas en España. De volver pronto tendrían que someterse a la cuarenta obligatoria anunciada en vista del aumento de los casos importados.

Después de salir del Instituto, le propongo a mi esposa que aprovechemos y vayamos al cine. La vida se ha convertido en esto, comprimir siete días normales en uno, como si estuviéramos

rellenando un cojín. De acuerdo, me responde. Tomo el metro en la hora pico. Está más o menos lleno, la gente lleva mascarilla aunque se viaja casi hombro con hombro. Es la segunda vez que siento un hueco en el estómago, ahora por el motivo opuesto. Las cosas son un poco diferentes en la planta baja de la tienda por departamentos donde funciona el cine. Usualmente a las seis de la tarde está llena de oficinistas comprando comida para la cena, un bazar donde salen platos recién hechos, listos para consumir en casa. Todos los restaurantes están abiertos, pero hay poquísima gente. Tratamos de seguir las últimas recomendaciones que nos han dado: ir a dos metros de distancia. Hay que extremar la distancia social, nos dicen todo el tiempo, como si fuera tan fácil desaprender a caminar.

En el cine compramos las boletas en una máquina. A la hora de escoger las sillas, Soojeong me señala la pantalla sorprendida. Nuestros puestos favoritos no es que estén ocupados, es que no existen. La administración ha decidido cancelar la opción de elegir sillas en ciertas filas, de manera que los espectadores no queden cerca. En la sala somos unos veinte en un cine con capacidad para unas trescientas personas. No hay riesgo de tocar el codo de un extraño. Contrario al evangelio, todos estamos demasiado lejos los unos de los otros. Inicia el placer infinito de evadirse por dos horas.

*

Los gurús necesitan poner a marchar su máquina opinadora, no vaya a ser que se queden sin clientela. Antes de abrir la boca deberían acordarse de las palabras de Walter Benjamin, que tanto deben haber citado: «Para el aparato gigantesco de la vida social, las opiniones son lo que el aceite para las máquinas; no nos situamos ante una turbina y la rociamos con lubricante. Inyectamos un poco en los remaches y junturas ocultas que sin duda debemos conocer».

*

Hago mi primera fila para comprar mascarillas. Las fotos de hace un mes en Daegu mostraban una serpiente infinita hecha de personas. Hoy somos unos veinte y yo el único extranjero. La fila avanza rápido y en cosa de un cuarto de hora estoy frente al dependiente. Le paso mi tarjeta de identificación, revisa en un computador si hago parte del sistema de salud universal y si no he adquirido mascarillas en otra farmacia antes de pasar por allí. Una vez aprobada la compra pago con mi tarjeta de débito. Otro empleado me entrega un paquete con dos mascarillas *Made in Korea*, con el «K94» impreso, en alusión al filtro recomendado. Algunas personas han decidido hacer sus propias mascarillas en casa, otras incluso se han dado a la tarea de fabricarlas para regalar, sobre todo a los extranjeros que no tienen seguro de salud. Al principio del brote nos dijeron que si un extranjero indocumentado tenía los síntomas, podía acercarse a un hospital sin

miedo a ser detenido y deportado. Más tarde vuelvo a salir y en la puerta de casa me pongo una de las mascarillas recién compradas. El futuro huele a mascarilla recién comprada.

*

Le pregunto a mi amiga de España: «¿Todo está bien?».

*

Más de un tercio de los muertos por el virus en Corea hacen parte de aquel pabellón psiquiátrico en un hospital de Cheongdo. Quizás los enfermos no eran capaces de decir si tenían o no síntomas diferentes a la fiebre. O nunca creyeron en su tos. La mayoría llevaba varios años recluido en aquel pabellón de ventanas y puertas clausuradas para que no se hicieran daño. El conejo ya no está sobre mi pecho, pero no puedo dejar de pensar en el fin, en las cosas hechas en los últimos años. Rápido sucumbo a la tentación de compararme. A los 43 murieron: san Francisco de Asís, sor Juana Inés de la Cruz, Johannes Vermeer, Louis Braille, Django Reinhardt y Natalie Wood.

*

¿Y ahora quién alimenta a las palomas en las plazas desiertas? Quizás alguien se anime a burlar el encierro solo para darles arroz, como el hombre que les dio de comer en plena Plaza de Bolívar en Bogotá en noviembre de 1985. Un comando guerrillero se tomó el Palacio de Justicia y los militares, apenas unos metros más allá del hombre, entraban en tanques de guerra para retomarlo. Vuelvo a ver el video en YouTube. La Cruz Roja evacúa algunos rehenes liberados, se oyen tiros y aquel hombre impasible alimenta a una bandada de palomas. Lleva traje negro y me parece ver un corbatín, a lo mejor era uno de los meseros de un antiguo restaurante. Toda la belleza y el estupor de un mundo en llamas.

TERCER MES

Nos encontramos para almorzar con Haein y su novio, Yongwoo. Vive en Daegu y llegó esta mañana a visitarla. Por un segundo lo envidio. Tomó el tren, se desplazó cientos de kilómetros, por su ventanilla pasaron campos de arroz, puentes, lagos, montañas y carreteras secundarias. Nosotros apenas nos hemos movido del barrio, que ahora se siente como un pueblo al que nadie quiere ir, a pesar de estar literalmente en la mitad de una megalópolis. Es la primera vez que almorzamos con otras personas en varios meses. Aparte de los cuatro, no hay nadie más en el restaurante, así que el dueño nos dedica toda su atención. Corta diligente una anguila en pequeños trozos y los asa por nosotros en una parrilla de carbón. Cuando están hechos los sumergimos en una salsa espesa y los pasamos rápidamente por el fuego para darle un toque crocante final. Los coronamos con una delgada rebanada de jengibre encurtido antes de llevarlos a la boca. El absoluto milagro de compartir la mesa.

Yongwoo se graduó de la universidad el año anterior y trabaja en la sección de marketing de uno de los conglomerados de empresas más poderosos de Corea, aunque bien es cierto que no se encuentra a nadie en las pausas para el café, ni tiene que saludar a ningún gerente en el ascensor. Parte de su vida laboral la ha pasado en casa por orden de sus jefes. Durante el reinado del virus, el contacto humano se ha reducido al mínimo para los que viven solos como Yongwoo, un número que ya alcanza un tercio del total de hogares en Corea. Las casas con un único ocupante suman nueve millones. Algunas constructoras se dedican a diseñar complejos de apartamentos para una sola persona y los *officetel* —neologismo que proviene de oficina y hotel— son cada vez más populares. Los he visto, con esa fachada de eficacia que enmascara gente comiendo a solas frente a la pantalla de su computador. Edificios inteligentes donde se vive y se trabaja con el fin de reducir la necesidad de desplazarse, los *officetel* cuentan con una zona comercial para satisfacer todas las necesidades de sus habitantes. Peluquería, pizzería, panadería. Una forma de existir que empezó antes del brote y que posiblemente se arraigue del todo. J. por lo menos tiene contacto con H., pero hay otros que han tenido que recurrir a la línea que se habilitó hace una semana para recibir ayuda psicológica gratuita en tiempos de virus. La sesión dura treinta minutos y el usuario solo puede acceder a ella tres veces en total. Los solitarios son legión. Al otro lado de la línea responde un consejero certificado que se ha ofrecido como voluntario para darles consuelo. Concentrarse en la voz de alguien, sin pantallas, ni teclados, ha demostrado ser la mejor terapia.

Le pregunto a Yongwoo por Daegu. Sé que las cosas son muy diferentes a como las hemos

vivido en Seúl. La real descarga del virus se ha sentido con toda su fuerza allá. Me cuenta que su empresa es una excepción, en Daegu hay obreros más que oficinistas. El teletrabajo es una entelequia. Al principio algunas fábricas emblemáticas de teléfonos y chips pararon debido a los contagios, pero fue un cierre temporal. Empleados como Yongwoo reciben mensajes de alerta todos los días a su teléfono. No son los mismos que nos envían a nosotros. Los suyos incluyen información adicional específica. Igual que un buen padre, la compañía se preocupa por sus miles de hijos. Les extiende un cheque en blanco que intuyo deberán pagar con lealtad absoluta.

*

Por los pasillos del supermercado todos llevamos mascarillas, menos un musulmán y su hija. Sé que lo es porque su mujer, canasta en mano, va detrás de él y está cubierta de pies a cabeza con una *niqab* negra, la versión más extrema del velo musulmán. Solo se le ven los ojos por una pequeña abertura e incluso lleva guantes con los que escoge naranjas y pepinos. Pienso en ella, en lo que debe haber sido su vida. Quizás es la única acostumbrada a todo esto. Ha guardado distancia social desde que nació y en la calle nadie conoce su cara.

*

Soojeong se ha tomado el trabajo de reconstruir el busto de porcelana sin que yo me diera cuenta. A *The Human Mind* se le alcanzan a ver las grietas y falta una pequeña parte en una zona del lóbulo derecho, pero podría afirmarse que está otra vez completo. Sé que es una manera de decirme que yo también debería juntar los pedazos de mi mente. Tengo que dejar de caminar sobre el hielo, no pensar más en que tuve el virus solo porque me dolió la cabeza, sentí la garganta arenosa y un par de días mis pulmones estaban como desinflados.

*

Circulan listas con libros que algunos creían fósiles y que hoy se han convertido en pan recién hecho. Buscamos respuestas en las palabras de los muertos. La literatura —y no el oro— como reserva para lo que viene, sea lo que sea. Algunos de esos libros que he visto nombrar de nuevo son *Decameron* (Boccaccio), *Muerte en Venecia* (T. Mann) y *Los novios* (A. Manzoni), todos situados en Italia. Me viene a la cabeza otro, uno que leí muy joven y que también sucede en aquel país. *Perorata del apestado* está entre los libros que dejé en Colombia, pero me valgo de internet para encontrar la primera página. Habla, Gesualdo Bufalino, habla, por favor: «Un rey forastero había venido a habitar bajo mis costillas, un innombrable minotauro, al que ofrendaba día tras día el tributo de una libra de mi vida. Era inútil que el corazón, que posee, no menos que la vista, un precioso poder de acomodación, se empeñara en repetirme que era yo quien había

elegido aquel mal, para limpiar soberbiamente con mi sangre la sangre que ensuciaba las cosas, y curar, inmolándome en lugar de todos, el desorden del mundo».

*

Cerrarán los gimnasios privados y los clubes nocturnos. En principio serán dos semanas, nos dicen. También se conmina a todas las Iglesias a ofrecer sus servicios en línea. No se les pude cerrar porque muchas de ellas invocarían persecución religiosa, pero ya se anuncian multas. En Francia, en la India y Estados Unidos han sido las congregaciones más radicales las culpables, en buena parte, de acunar el virus o por lo menos desestimar su poder creando confusión entre la gente. En la periferia de Tel Aviv, algunos ultraortodoxos recomiendan el *matzah* —pan sin levadura que se come durante la pascua judía— para curarse. En aquellos barrios de familias populosas y descreídos del Estado, los rabinos son la única fuente de información, el único servidor de internet.

*

Mi hermano me escribe desde Brasil, país en el que apenas empiezan las medidas de contención del virus. La restricción de movimiento lo cogió en Salvador de Bahía, a donde había ido de vacaciones con su esposa tras defender la tesis de su doctorado en Agronomía. Alcanzaron a estar dos días antes de tener que volver a São Paulo. Me envió fotos de una ciudad colonial desierta, de iglesias clausuradas y calles de adoquines por las que ni siquiera los perros caminan, fotos que bien podrían haber sido tomadas entre 1856 y 1857. En ese año murieron 36.000 personas debido a una epidemia de cólera en la Roma negra, como algunos le llaman a la ciudad.

*

Nos dicen que se ha abierto un nuevo frente: los coreanos que regresan al país en vista de que las cosas se desmadran en Europa, se complican en Estados Unidos —miles viven en Nueva York, donde ha empezado una agresiva cuarentena colectiva— y amenazan a Latinoamérica. Los retornados, la contradiáspora. Precisamente de Colombia ha llegado uno de los infectados. Ya no me sorprende saber que es un pastor de Shincheonji, enviado para labores de cosecha tiempo atrás. No se han cerrado las fronteras, ni siquiera bajo la presión de las primeras semanas, cuando muchos pedían que no se dejara entrar a ningún chino, pero se ha armado un colador más sutil: todo aquel que venga del exterior, extranjero o nacional, está obligado a hacerse la prueba en el aeropuerto. En caso de no dar positivo, debe bajar una aplicación móvil y reportarse a través de ella. Tendrá que responder a diario preguntas acerca de su salud y si no manda el formulario con las respuestas a una hora determinada, un funcionario lo llamará para saber de su situación.

Deberá también guardar cuarentena preventiva, como los italianos y europeos del Este cuando llegaban a Ellis Island, el primer puerto de entrada a Nueva York a finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX. Aquel que no lo haga será multado. Deportado en caso de ser extranjero. En cuanto a los positivos, serán trasladados inmediatamente a un lugar de tratamiento cercano en buses especiales.

*

Almuerzo en un restaurante vietnamita al lado de casa. No venía desde que empezó la pandemia. Atiende la mesera de siempre. Nos miramos. Me pregunto si sonríe debajo de su mascarilla, como lo hacía al verme entrar. No saberlo me desconcierta. Es una sensación parecida a responder una llamada y oír como cuelgan del otro lado de la línea.

*

Decenas de ciudades alrededor del mundo están bajo cuarentena. Desde aquí, desde mi torre no elegida, entre agradecido y culpable, me las imagino cubiertas con una manta y amarradas con cuerdas, como puestos de mercados callejeros de madrugada o instalaciones inmensas que ni siquiera la pareja de artistas Christo y Jeanne-Claude, que forraron con una tela el Pont Neuf en París y el Reichstag en Berlín, habrían podido imaginar jamás.

*

¿Y qué hacen en estos momentos los detectives privados madrileños, los jardineros bogotanos, los limpiavidrios marselleses, los limosneros moscovitas, los vendedores puerta a puerta limeños, los serenateros angelinos, los loteros vieneses, los salvavidas sicilianos, los árbitros lisboetas, los espías galeses, los guardaespaldas maoríes, los Testigos de Jehová sevillanos, los gitanos del mundo? ¿Y qué de los carteristas canadienses, los masajistas del Vaticano, los guías de museos bengalíes, los capitanes de cruceros vietnamitas, los apartamenteros irlandeses, los profesores de academias de automovilismo salvadoreños, los agentes inmobiliarios griegos, los adictos a las drogas duras malteños, los asesinos a sueldo neozelandeses, los asesinos en serie islandeses, los dobles profesionales albaneses, los toreros daneses? ¿Y qué de los claustrofóbicos mongoles?

*

Desde ayer se ha puesto en marcha un nuevo sistema para trazar el itinerario de un recién diagnosticado. Antes el proceso duraba veinticuatro horas mientras los oficiales de sanidad y ministerios relacionados hacían llamadas y llenaban formularios para poder obtener los datos.

Diez minutos. Apenas diez minutos, ese será el tiempo que se tardará en recabar la información, a la que accederá únicamente el KCDC y sus epidemiólogos. Los datos luego serán destruidos, esa es la promesa vendida, la que estipula la ley. Gracias a este nuevo sistema nos hemos enterado, casi en tiempo real, de la historia de una estudiante universitaria de 19 años que regresó de Nueva York. En lugar de guardar la cuarentena sugerida, se fue de viaje con su madre a la isla de Jeju, el veraneadero preferido de los coreanos. Durante cinco días estuvo de vacaciones hasta que se presentaron los síntomas. «Quería aliviar el estrés de mi hija», dijo la madre, que igualmente dio positivo. Veinte lugares tuvieron que cerrar después de que se supo del nuevo contagio y 97 personas están en cuarentena, encerrados, sin poder ir a trabajar o ver a sus familiares. ¿Y dónde queda mi libertad?, todavía se preguntarán algunos al son de Nino Bravo. El virus, como un gran imán, ha descompuesto todas las brújulas. Los pastores de las Iglesias cristianas, que persisten en ofrecer sus servicios religiosos los domingos, llaman a la desobediencia civil, son los nuevos anarquistas. Los retornados que no respetan la cuarentena, unos yihadistas.

*

La foto de una médica china que pintó la punta de sus guantes de rojo imitando un *manicure*.

*

Es viernes. Ya no importa que sea viernes, en todo caso no saldremos. Nos quedamos en casa oyendo la radio. Si tuviéramos chimenea, la encenderíamos. De seguir así, aprenderemos a tejer y a armar maquetas de trenes. Llegará el momento en que haremos nuestro propio pan, traeremos agua de un aljibe y herraremos caballos. Los bárbaros llegarán hasta nuestra casa y la quemarán con una antorcha. Moriremos en una cueva.

*

Esta es la historia de una señora muy rica, que en vista del regreso de su hijo de Estados Unidos, donde estudia, decidió que pasara la cuarentena obligatoria en un hotel de cinco estrellas en Seúl y no en su casa, a su cuidado. Dos semanas de *room service* y quinientos canales de televisión. El hotel se negó a tenerlo como huésped y la mujer hizo del *lobby* un huracán.

*

Tras un corto paseo por los alrededores de la inmensa base militar que está en nuestro barrio y los jardines del Museo Conmemorativo de la Guerra de Corea, con sus tanques, aviones y baterías antiaéreas de la época, nos paramos frente a un árbol de cerezo florecido. Vemos una

ramita de la que aún no brotan las flores y la arrancamos. Al regresar, la ponemos en un vaso con agua. Traemos la primavera a casa. Es todo lo que hacemos en un fin de semana que ya se acaba.

*

Nos dicen que de las más de nueve mil personas diagnosticadas con el virus, la mitad ya se han recuperado. Entre ellos está una señora de 97 años. Nació en plena época de la colonización japonesa y a los 21 años dio el grito de independencia, que coincidió con el fin de la Segunda Guerra Mundial y la serruchada de la península por la mitad. A los 26 vio el inicio de la Guerra de Corea y a los 29 el armisticio. Y con el armisticio, la hambruna: la contienda dejó en un socavón pestilente al país, que ya de por sí era miserable. En 1961, con 38, le tocó el inicio de la dictadura militar. Al llegar la democracia, 26 años después, tenía 64 cumplidos. Con 74 le tocó el *crack* financiero y el pago del rescate del FMI que puso a tambalear al país. Algunos de los quebrados se tiraron de los puentes. A los 94 presenció la destitución de Park Geun-hye —hija del dictador—, la primera de un presidente surcoreano elegido en las urnas. Y a los 97 años ha esquivado un virus que nos ha puesto de rodillas a todos. De vivir tanto como ella, me quedarían cincuenta y cuatro años de cosas por ver.

*

En su libro de memorias *Mi último suspiro*, Luis Buñuel dijo que le gustaría levantarse de la tumba cada diez años e ir a un quiosco, leer los titulares de cualquier periódico y volver a la comodidad de la muerte. Hoy el director de cine español se encontraría con dos noticias que bien podrían servir para una de sus películas: un crucero de lujo deambula con cuatro muertos a bordo por los océanos sin que ningún país lo deje atracar por temor al contagio; el Papa ha dado la bendición *Urbi et Orbi*, la más importante para los católicos, frente a una plaza de San Pedro totalmente vacía.

*

Voy a sacar un certificado en la alcaldía del distrito justo detrás de casa. Cerca de la entrada principal han armado dos tiendas de campaña enormes con la señal de la Cruz Roja para hacer pruebas del virus. Me quedo viendo a médicos y enfermeras hacer estiramientos en círculo, con sus trajes de protección puestos. Yoga para personal sanitario. Al entrar a las oficinas cruzo una zona que funciona como esos lavaderos para autos: a medida que paso sale una nube de desinfectante que cubre toda mi ropa. En las pantallas térmicas me veo una vez más. Temperatura controlada. Aunque quizás deba ir a la peluquería de nuevo.

*

Visito a Ahrum. Habíamos quedado de encontrarnos hace unas semanas, pero en vista del confinamiento sugerido solo hasta hoy puedo visitarla. Nos damos un largo abrazo en la puerta y con ese abrazo se activa una sensación de bienestar que mi cerebro tarda en reconocer. Su casa es una de las pocas que conozco en Seúl. Los coreanos no son muy dados a tener invitados, prefieren los cafés o los restaurantes. Me muestra la tabla para hacer la ceremonia del té que compró hace unos meses. Más que de madera, parece de mármol por su peso. Saca una cajita de té blanco de China. Viene empacado en forma de bolitas del tamaño de una canica, envueltas en papel de aluminio dorado. Lo prepara mientras hablamos. Comentamos las fotos de los periódicos del fin de semana pasado. En ellas aparecían grupos de jóvenes haciendo pícnic al lado del río. Los comensales se veían tan extraños y lejanos como en un cuadro impresionista donde las frutas y el vino han sido reemplazados por pollo frito y cerveza. *El almuerzo en la hierba* de Édouard Manet, podría ser. Ahrum reconoce que las fotos la han puesto inquieta, no importa que las últimas semanas el número de casos haya estado alrededor de los cien o menos, la gran mayoría descubiertos en el aeropuerto. Dice en voz alta lo que todos tememos, una segunda ola de contagios. En medio de la conversación, suenan al unísono nuestras alarmas telefónicas con los mensajes de emergencia. Decidimos no ponerle cuidado a la música de estos días. Le pregunto por su familia en Daegu. Su padre y su hermano trabajan juntos en una pequeña fábrica de materiales para construcción de su propiedad. Su padre no quiso cerrar, pero decidió que su hijo trabajara aislado en la oficina, mientras él visitaba clientes y proveedores. No se podían contagiar al tiempo, parar no era una opción. Mi amiga se pregunta si no habría sido bueno detenerse por un momento, pensar en todo lo que está pasando. Le doy toda la razón, pero eso somos ella y yo, que armamos nuestras vidas de tal manera que podemos tomar té y hablar toda una tarde entre semana. Ahrum es directora de arte de videos musicales y a veces trabaja en jornadas de veinte horas. Ahorra todo lo que puede para no tener que aceptar más de un encargo al mes. Yo escribo en casa —y ahora también doy clases sin salir de ella— y cada vez que recibo un dinero extra pago el arriendo por adelantado. Ya llevo tres meses cubiertos. Pero eso somos ella y yo. Y nuestra rara manera de vivir, sin hijos, sin tarjetas de crédito.

*

Un tractor arrasa campos enteros de flores. Nos dicen que la decisión se tomó para que la gente no se acercara en manada a verlos y a tomarse fotos.

*

Sí, se va acabar el capitalismo, pero mientras tanto en Corea del Sur alguien se ha inventado un

aditamento de plástico para adaptar a las tiras de las mascarillas y proteger las orejas de yo no sé qué. Hyundai, por su parte, ha lanzado su nuevo modelo de ascensores con barandillas antivirus, antibichos y cámara de circuito cerrado. Las ventas de ropa formal que solo se usa de la cintura para arriba se han disparado y también los videojuegos que simulan un ambiente sin estrés. El más famoso es el de una pacífica isla donde los participantes se dedican tan solo a pescar, a atrapar insectos, a construir puentes y a interactuar con animales. En el juego nadie pierde, no hay murciélagos ni pangolines de los que pueda saltar un virus y, lo más importante, nadie muere.

*

Semana en que los contagios diarios bajan a dos dígitos. Cuando suben a 102, 104, aguantamos el aire y cerramos los puños. Tomo el metro después de varios días sin hacerlo y compruebo que soy el único extranjero. Es triste comprobar que ya nadie viene. Así debía de ser Corea del Sur en los años setenta, ochenta, noventa. Pienso en la mujer que me miró con ojos acusadores mientras esperábamos en la estación: quizás usted es de esos extranjeros que no guardan la cuarentena y van tosiendo por ahí. Si volvemos con Soojeong a Roma, a Barcelona o a Bogotá, es muy probable que a ella le dispararen la misma mirada o peor.

*

¿Sueñan los humanos confinados con ovejas pastando?

*

Paso por enfrente de la puerta del Palacio principal. Los guardias, vestidos con trajes de época, llevan mascarillas. No hay turistas, poca gente caminando, pocos autos. Podría estar en Pyongyang, de no ser por los acordes de un hombre que toca la guitarra eléctrica en una enorme plaza vacía como si fuera el mismísimo John Lee Hooker, la misma que hace un par de años fue ocupada varios meses para exigir la dimisión de la anterior presidenta. Recuerdo que a principios de diciembre de 2016 se congregó allí un millón y medio de personas, el equivalente a todos los habitantes de Barcelona, Milán o Múnich. Tres mujeres, con mascarillas de colores que llevan un número estampado, me recuerdan que las elecciones parlamentarias serán en dos semanas y aún no se sabe si la gente saldrá a votar. Un político podría vender el río que atraviesa la ciudad y nadie saldría a pedir su dimisión. Yo por lo pronto camino y camino, camino tres horas como si estuviera atravesando un desierto de sal y antes de tomar el bus que me llevará a casa, veo todo lo que necesitaba ver en este día: dos borrachos de traje y corbata trenzados en un abrazo, dando tumbos. A uno de ellos el viento le revuelca el peluquín.

*

Hago por tercera semana consecutiva la fila para comprar las mascarillas. Queda poco o nada de la extrañeza del primer día. Veo que hay una K99 y la pido en lugar de la convencional K94 y la no tan recomendada K80. Al salir me acuerdo de cuando Michael Jackson empezó a usar mascarillas a mediados de los años ochenta. Su cara es la metáfora perfecta para describir nuestro mundo. Erosionó su nariz hasta casi hacerla desaparecer, fue excavándola entre dosis de propofol y diazepam y al final tuvo que cubrirla con una mascarilla de seda negra.

*

Esta es la historia de un hombre de 75 años que dio positivo y por su itinerario su familia supo que pasaba todas las tardes en la Colateque Rainbow, una de esas discotecas visitadas solo por jubilados. El nombre hace referencia a los antiguos clubes para menores de edad de los años noventa, donde no se vendían bebidas alcohólicas, solo Coca-Cola. Y como en cualquier club, en las *colateque* alguien también comprueba la identificación en la puerta. A los menores de 65 años se les prohíbe terminantemente la entrada.

*

Salgo de mi edificio y me encuentro con que el dueño ha mandado cortar la enorme hiedra que se extendía por toda la pared exterior. Ya le estaban saliendo hojas y en unas semanas tendría bayas. Lo maldigo con todas mis fuerzas. Una, dos, tres veces. Más tarde, en casa, me hace llorar el video de una canción en YouTube que no oía hace rato. No son un par de lágrimas. Lloro como un niño, largo y con espasmos teatrales. Por la hiedra, por lo que dice la canción, por todos estos tres meses de maldita locura y fragilidad.

*

El virus ha hecho un tajo transversal en la sociedad coreana como si fuera un láser. En su recorrido los focos de contagio más importantes han sido: una secta cristiana, un hospital psiquiátrico rural, un *call center* con condiciones de trabajo precarias y los retornados ricos que regresan de Europa y Estados Unidos. Una pareja de estas dejó a propósito sus teléfonos en casa para que no pudieran rastrearlos y visitó un museo, varias tiendas, un colegio, una estación de gasolina y dos centros comerciales en cinco días. Se estudia la posibilidad de ponerles manillas electrónicas a los reincidentes para comprobar si dejan su lugar de confinamiento. Y ahora se suma en Seúl un cantante de *k-pop* y un gigantesco *room salon*, eufemismo usado para nombrar

un «club de anfitrionas» donde hombres beben y pagan para disfrutar en compañía de mujeres jóvenes. Conversaciones y toqueteos que en algunos casos terminan en un hotel cercano. El *room salon* en cuestión funciona en dos pisos subterráneos de un edificio en Gangnam. Una de las cien trabajadoras fue contagiada por un cantante del grupo Supernova que regresó de Japón con el virus. Al principio sostuvo que era independiente, pero luego admitió que trabajaba en aquel club. Los desocupados buitres digitales ya estarán dando vueltas en círculo con ese dato.

*

Hay un virus que no es tan viejo como otros. Lo describe William Burroughs en uno de sus libros: «La palabra ahora es un virus. El virus de la gripe pudo haber sido alguna vez una saludable célula del pulmón. Ahora es un organismo parasitario que invade y daña el sistema nervioso central. El hombre moderno ha perdido la opción del silencio. Trata de detener el habla subvocal. Trata de conseguir incluso diez segundos de silencio interior. Te encontrarás con un organismo que opone resistencia y te obliga a hablar. Ese organismo es la palabra». Poder salir a la calle con la desprevención de antes o silencio. Un año de silencio para entender qué ha pasado. No sé qué escogería.

*

Reabrieron los gimnasios y Soojeong volvió a sus clases de pilates. Me contó que en la entrada encontró un aviso con un comentario de doble sentido que decía: «¡Cuidado, no te conviertas en *Hwakjjinja*!». Persona que gana peso de repente. Le pareció un chiste cruel. El término en coreano para infectado difiere apenas de una consonante: *Hwakjinja.*

*

Es el cumpleaños número 40 de Sánchez Braun. No nos habíamos visto desde el día del *yakitori* y la conversación con *soju* sobre las tácticas de reclutamiento de Shincheonji. Un periodista amigo suyo nos ha invitado a su azotea para celebrarlo. No somos muchos, ocho en total, pero se siente como una multitud. Entre ellos está Sebastián. La última vez que estuvimos los tres fue en otro cumpleaños, el mío, cuando el virus era un susurro lejos de convertirse en estruendo. Hamburguesas y perros calientes al carbón. Cerveza. Bajamos al apartamento a comer un pedazo de torta. Vino tinto. El sol se ha ido, ya no subimos a la terraza. Allí por lo menos estábamos diseminados. Ahora en la sala todos nos sentimos un poco incómodos, muy cerca los unos de los otros. Más vino. Ya estamos un poco borrachos. Hay un gran televisor. Sánchez Braun propone poner videos musicales que en algún momento nos hayan causado vergüenza. Se viene una cascada de canciones de los años ochenta. Vino blanco. Whisky. Hablo con Sebastián.

Comentamos el caso de un estudiante que, desesperado, se tomó doce pastillas para que le bajara la fiebre y poder tomar el avión desde Nueva York. Los tragos nos hacen imaginar escenarios descarnados. Quizás en algún momento empiecen las pruebas serológicas para saber si se tuvo o no el virus. Las pedirán para entrar a otros países, en las aplicaciones a trabajos o becas estudiantiles habrá que responder a la pregunta por el Covid-19, como cuando se preguntaba si se había contraído el VIH. Me llega el recuerdo brumoso de mi carnet de vacunación infantil, las marcas de las vacunas en los hombros como la que tiene Soojeong. No ha podido venir, está pensando con sus compañeros de trabajo en estrategias para salvar un festival musical que estaba programado para mediados de junio. Voy al baño. Me miro a ver si tengo una marca de la vacuna contra la viruela en el hombro. Juraría que sí, pero no la encuentro. Al regresar descubro que han empezado a tararear la canción de *Fame*. Busco mi vaso. Whisky. La novia de Sebastián entona el coro. *I'm going to live forever. I'm going to learn how to fly*. Algunos se suman. *I'm going to live forever. Baby, remember my name.* También desearía cantar que voy a vivir para siempre, pero con el trasfondo de la pandemia y el futuro, que se nos cae encima de este presente, la frase solo hace ruido en mi cabeza. Whisky. Doble. ¿Así será de ahora en adelante? ¿Grupos de ocho personas en una sala, *forever*? Extraño los bares, los desconocidos, sus olores y la oscuridad. Es doloroso pensar en un mundo sin bares. Los conozco desde los diecisiete años. Extraño poder decir: qué pereza ir a un bar, mejor quedémonos en la casa.

*

La gente ha salido a la calle en masa. Largas filas en todos los barrios de las ciudades, en todos los pueblos, las villas. Los residentes de las islas tomaron el *ferry* hasta el puerto más cercano. Un barco fue a recoger personas a Marado, la isla más al sur de la península, de apenas cuatro kilómetros cuadrados y noventa habitantes. Soojeong también salió temprano. Incluso los no contagiados que estaban en cuarentena obligatoria dejaron sus casas al final de la tarde. Se les otorgó cien minutos para ir y volver. Protocolos de todo tipo, mascarillas, gel desinfectante, guantes de plástico, un metro de distancia entre unos y los otros. Ha sido la votación parlamentaria más alta de las últimas tres décadas. En Corea del Sur todo parece ser extremo, lo bueno y lo malo no se da en pequeñas dosis y a veces escapa a la comprensión. Un norcoreano —no cualquiera, fue cónsul en Gran Bretaña antes de desertar— ganó una silla por el distrito de Gangnam, uno de los más ricos de Seúl. Representó al partido conservador, que no pierde oportunidad para gritarle rojo a la cara a cualquiera de sus oponentes. La gente, por supuesto, se burló. Lo llaman *gangnam-stalin*.

*

La fantasía de la normalidad en forma de pretemporada de béisbol. Los primeros partidos

empiezan la próxima semana a puerta cerrada. Encuentros fantasma. Ya hay un manual que los deportistas deberán seguir al pie de la letra: se les medirá la temperatura dos veces durante el juego, deben llevar mascarillas mientras esperan por su turno al bate, se les recomienda no chocar las manos sin guantes y bajo ningún motivo podrán escupir.

*

Cuando el brote apenas empezó hace tres meses, leí una noticia sobre una madre coreana que perdió a su hija pequeña a causa de la leucemia. Gracias a un dispositivo de realidad virtual, la mujer se reencontró en un parque con el avatar de su hija y le celebró su cumpleaños. El modelo virtual, para el que se usó un niño actor, fue diseñado a partir de fotos, videos y los propios recuerdos de la madre. El encuentro quedó registrado en un documental. A los pocos días de haberse dado a conocer la noticia la madre, que tenía un blog, lo cerró diciendo que necesitaba un tiempo. Estaba agotada. En Corea han muerto alrededor de doscientas personas de Covid-19. Miles en otros países han enterrado a sus padres de lejos. Me pregunto si dado el caso escogerían una manera como esta para decirles adiós. Espero que no, espero que todavía puedan confiar en las velas, en las varitas de incienso, en una foto en la billetera.

*

Leo noticias de todos los rincones menos de Corea del Norte. Nadie sabe qué pasa a ochenta kilómetros de Seúl, si apilan cadáveres o si llegaron a la inmunidad grupal antes que cualquiera. Es imposible no ver una cualidad moral en el virus, ha desenmascarado a varias democracias y quizás, por qué no, tumbe una dictadura.

*

Convenzo a Soojeong de que demos una vuelta por el centro de la ciudad. Recorremos un arroyo, hay bastante gente, pero no se corresponde con el clima que hace. Ya hemos guardado los abrigos y en cosa de semanas llegará el verano. La primavera se perdió para siempre. Nos dicen que hemos pasado de la Distancia Social Intensiva a la Distancia Social Distendida. Los casos se cuentan con un solo dígito, la mayoría son importados y ayer no hubo muertos. Al rato nos da hambre. Parece que hay un restaurante famoso. Lo encontramos sin mucha dificultad. Es viejo, familiar, de los que nos gustan. Entramos sin pensarlo dos veces. Nos miramos entre risas nerviosas. Hay unas treinta mesas, casi todas ocupadas. Familias, parejas, grupos de viejos hablan frente a un único plato: caracoles picantes con cebolla. Encontramos un puesto libre y ordenamos. A los pocos minutos de probar el plato, la lengua y los labios me palpitan. Con un trago de cerveza le propongo a Soojeong, no sin sentirme culpable, que hagamos un corto viaje

el próximo fin de semana. Empacar una maleta. No hay nada en el mundo que me parezca más extraño que tomar un cepillo de dientes y meterlo en una maleta. ¿Mar o montaña? ¿Montaña o mar? La sombra espesa de una segunda oleada no desaparecerá, quién sabe por dónde arranque y hasta dónde profundice el corte transversal que le ha hecho a este país, pero es hora de empezar a convivir con lo que nos ha tocado. Volteo a mirar a mi alrededor. Es un sábado en la noche en tiempos de coronavirus en Seúl y en medio del ruido ensordecedor de mujeres y hombres pienso en el resto del mundo. Es como si estuviéramos en un módulo espacial que se hubiera desprendido de la nave nodriza. Vamos a explorar y esperamos comunicarnos pronto.

Los días de la fiebre
Andrés Felipe Solano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Ilustración de la cubierta: © PeBE
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

© Andrés Felipe Solano, 2020
Por mediación de CASANOVAS & LYNCH LITERARY AGENCY, S.L.

© Editorial Planeta, S. A., 2020
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2020

ISBN: 978-84-9998-819-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta